

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ESPECIAL

Editorial Japas

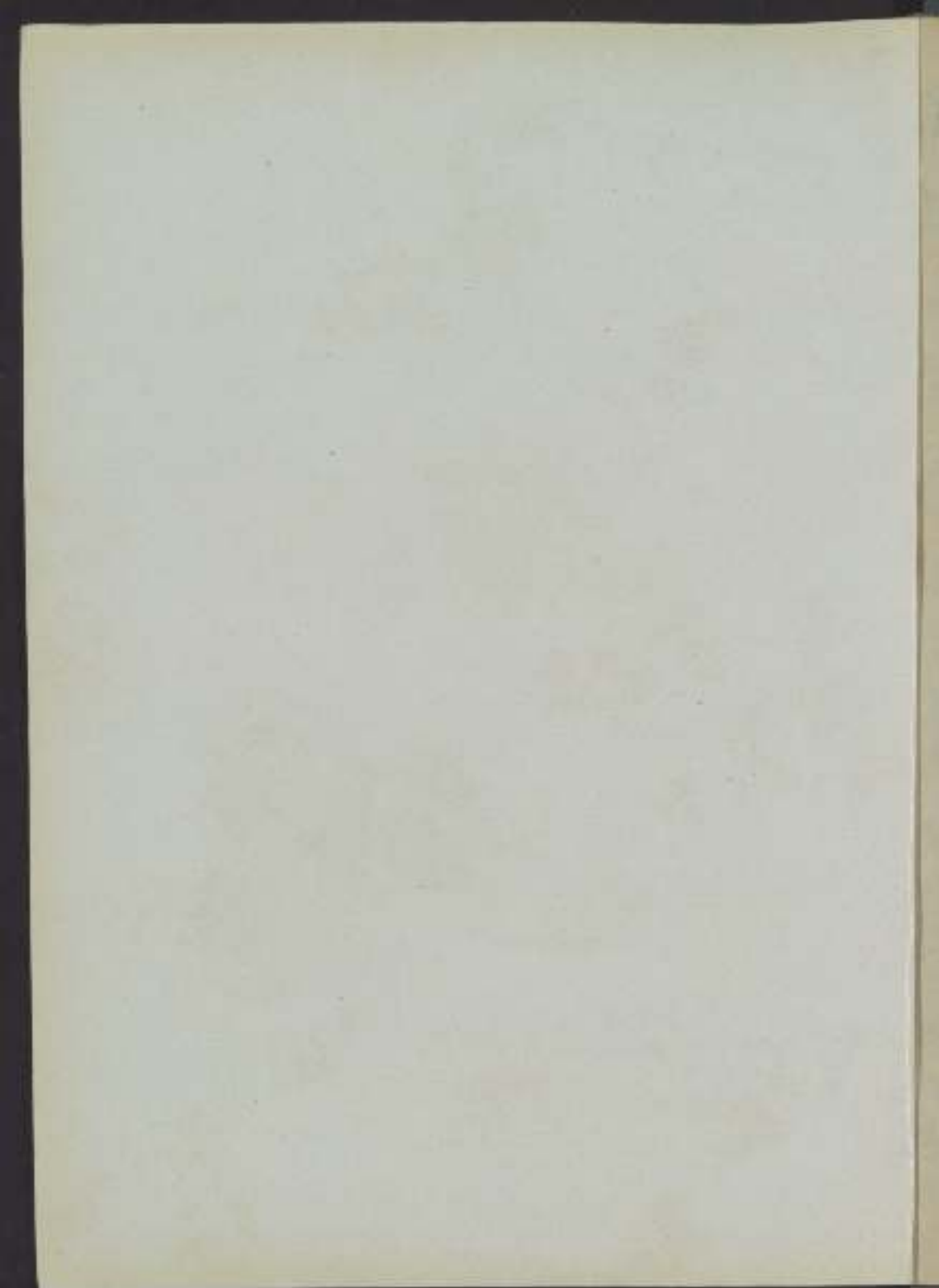
**Cary
Grant**

**Betsy
Drake**

**Diana
Lynn**

**Franchot
Tone**

En Busca de Marido





EN BUSCA
DE MARIDO

QUINTANA ROO, 1942
IMPRESA DE LA EDITORIAL
1942

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 27 06 57
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMÓN SALA VERDAGUER

Apartado 707 " BARCELONA " Teléfono 70657
Valencia, 234 " Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Serrall, 16, Barcelona - Torner, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"

AÑO XVII

SERIE ESPECIAL

NUM. 400

NUM. 151

EN BUSCA DE MARIDO

EN BUSCA DE MARIDO es una deliciosa sátira de un estado de ánimo femenino. Anabel Sims, una gentil muchacha que trabaja como dependienta en unos grandes almacenes se enamora de un doctor, soltero empedernido y egoísta. Dispuesta a hacerle su marido, esta mujer, perfectamente normal, tímida y emotiva, como debe serlo por su condición, subvierte las reglas establecidas en materia de relaciones entre hombre y mujer y utiliza todas las estratagemas para conseguir su objetivo sin darse un minuto de reposo. Las situaciones complicadas se suceden con un ritmo trepidante y finalmente cómico, y todo se soluciona según los deseos de la obstinada Anabel, personificada por una nueva estrella: Betsy Drake.

Producción RADIO PICTURES (R K O)

Sucursales:

Madrid
Bilbao
Sevilla
Valencia
Las Palmas
Palma de Mallorca
La Coruña
Portugal



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - Barcelona

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Doctor Madison Brown.</i>	Gary Grant
<i>Roger Sandfors.</i>	Franchot Tone
<i>Anabel Sims.</i>	Betsy Drake
<i>Julia Howard</i>	Diana Lynn
<i>Mary Nolan.</i>	Elisabeth Rysdon
<i>Sam McNutt.</i>	Richard Gaines

Adaptación cinematográfica
STEPHEN MOREHOUSE
AVERY

Basada en una novela de
ELEANOR HARRIS

Narración literaria:

Alfredo Rivera

EN BUSCA DE MARIDO

En uno de esos establecimientos de Nueva York, donde se vende de todo —desde el chewing-gum y los emparedados a las revistas de moda, sin olvidar el tabaco rubio y los cocktails—, Julia y Anabel saboreaban, ante el mostrador, unas bebidas refrescantes. Una y otra muchacha descansaban en tan bullicioso y céntrico lugar de las fatigas de una jornada de trabajo, transcurrida, como todas las demás, en uno de los grandes almacenes de la ciudad.

Anabel llevaba la voz cantante en la conversación que habían iniciado y que se refería al amor. Ella no podía comprender por qué razón los muchachos se pueden dirigir a las chicas que les gustan, y en cambio el sexo femenino no tiene a su alcance el mismo recurso cuando se trata de conquistar a un joven esbuelto que las ilusiona.

—¿Por qué—decía Anabel—nosotras no podemos mandarles flores y dulces, o invitarles a comer, si ello nos place? ¿Por qué no podemos ir a buscarles en nuestros coches y llevárnoslos a dar un paseo por el campo?

—Y luego quedarnos sin gasolina...—comentó Julia, que opinaba con más lógica que su amiga, que no es posible cambiar el mundo.

La máxima preocupación de Anabel era ésta: encontrar un hombre que llegara a ser su marido.

—Yo no digo—afirmaba—que vaya a encontrarme precisamente hoy al hombre que me guste. Ni esta semana. Ni a lo largo de este año. Pero, créeme, Julia, en cuanto lo vea, sabré que es él. Me lo dirá el corazón.

Inquieta y nerviosa como era, Anabel saltó de su banqueta y se dirigió al puesto de periódicos, instalado en el mismo establecimiento, con el ánimo de coger una revista para llevársela consigo al mostrador y curiosarla.

Ante el kiosco se encontraba también un joven apuesto y elegante, el doctor Brown, enfrascado en la elección de una revista. Tan absorbido hallábase el doctor, que ni siquiera se dió cuenta de la presencia de Anabel. Cuando ella iba a sacar un ejemplar de «Better Babies», el doctor Brown se disponía a hacer lo mismo. Las dos manos se juntaron involuntariamente.

—Oh, perdón...—se excusó el doctor—, Usted primero, señorita.

—Gracias—murmuró Anabel, seducida ya por el joven doctor.

Y al observar en la portada de «Better Babies» el rostro risueño de un bebé, la muchacha no pudo evitar una pregunta cuya respuesta anhelaba su corazón.

—¿Cuántos tiene usted?

—¿Cuántos qué, señorita? — preguntó, a su vez, el doctor Brown.

—Pues... niños...

—Afortunadamente, ninguno. Soy soltero.

Y saludando cortésmente a Anabel, el doctor Brown se dirigió al puesto de tabaco, instalado en el mismo establecimiento. Olfató un paquete de picadura, lo pagó y marchóse seguidamente.

Aquel hombre había conseguido sin querer lo que muchos otros, aun queriendo, tal vez no hubiesen conseguido: enamorar a Anabel. Desde que ésta le vió ya no pudo sustraerse al deseo de seguirle los pasos e incluso de imitar sus gestos, como si en ello hallara una auténtica felicidad. Se dirigió al estanco, cogió un paquete parecido al que había comprado el doctor Brown, res-

piró su aroma... Tan insólita actitud provocó un irónico comentario del vendedor de tabaco, que conocía bien a Anabel.

—¿Va usted a fumar en pipa?

La muchacha descendió bruscamente de lo alto de sus ilusiones, y respondió malhumorada:

—Charlie, ¿no tiene otra cosa que hacer que meterse conmigo?

Mientras Charlie, el vendedor de tabaco, se reía francamente, Anabel volvía a su taburete para reunirse con Julia.

Anabel llevaba una revista en la mano, que desplegó sobre el mostrador. En una de las páginas apareció un sonriente bebé.

—¿Verdad que es precioso? ¿Se parecerá a su padre? En este caso, ¡qué hombre más seductor!...

—¡Por Dios, Anabel! Siempre estás en lo mismo.

—Parece como si le viera por aquí entre nosotras—suspiró, nostálgica de un amor que no había conseguido todavía pero que soñaba cada noche.

Volvió la página y se halló ante el grabado de un interior.

—Mira, Julia, mira. Diría que es el mismo hotelito que vimos aquel sábado en Sycamore Lane. Fíjate en esta butaca, frente a la chimenea. ¿No te representa a nadie en ella? Alguien con su buena pipa en la boca y un buen libro en la mano... Oh, Julia, ¡cómo me gusta eso! Ahora, que yo pondría otro cuadro en este lado y aquí colocaría el...

—¡Por favor, Anabel! Con sólo ver la fotografía de una casa, ya te crees en ella. Con lo que nosotras ganamos, necesitaríamos no sé cuántos años para tener una residencia como ésa.

—No seas pesimista, Julia. Todo depende de cómo se planeen las cosas. Es lo que te decía antes... Una chica sólo tiene que decidirse. ¿No lo hacen los hombres? Pues ¿por qué no pueden declararse las mujeres?

Julia y Anabel pagaron al barman lo que habían bebido, y se dispusieron a reanudar su trabajo en el almacén donde trabajaban. Pero antes de salir del establecimiento, Anabel oyó nuevamente la voz del doctor Brown. Este se hallaba escogiendo en uno de los múltiples puestos de venta una botella-biberón. Cuando Anabel le vió en ese trance, no pudo disimular su decepción.

—¡Una botella-biberón! ¡Y decía que era soltero!... ¡Qué embusteros son los hombres! Eso prueba que está casado.

Su amiga no sabía a qué obedecían estas frases de Anabel.

—Pero ¿qué dices?—le preguntó, creyendo que se había vuelto loca—. ¿Quién está casado?

—Oh, nada, nada, ¿Cómo voy yo a saberlo? Pero ¿tú has pensado en otra cosa que en casarte?

Julia se encogió de hombros. Eran tantas las veces que Anabel le había planteado esta cuestión, que ella ya no sabía qué responder. Se cogieron del brazo y salieron del establecimiento para trasladarse a los grandes almacenes Sandford, en los que trabajaban como dependientas.

Al poco rato de haberse reintegrado a su labor cotidiana, Anabel se vió gratamente sorprendida por la presencia, en su departamento de ventas, del apuesto joven que había encontrado comprando revistas y luego adquiriendo un paquete de tabaco para la pipa. No cabía ninguna duda: era el doctor Brown, que se disponía a efectuar unas compras en los almacenes Sandford.

—¿No se acuerda usted de mí?—preguntó Anabel cuando le tuvo ante ella—. Nos vimos en otro lugar, no hace muchas horas, ¿No recuerda? «Better Babies»... las revistas...

—Oh, sí, sí, claro, desde luego... La recuerdo muy bien—respondió el doctor con aire indiferente—. Y, puesto que al parecer nos conocemos—continuó— quizá podría usted orientarme. Quisiera ver unos calcetines, unos calcetines que abriguen bien, pues son para niño.

—Tenemos de muy buena calidad—respondió Anabel, un tanto descorazonada—. Pero ¿son para algún sobrino suyo?

—No, no. Pero yo quisiera unos calcetines Winkle Woolies, de esos que tanto anuncian ustedes.

—Están forrados por dentro. Eso es lo que le conviene a usted, es decir, a sus sobrinitos...

—Me quedará catorce pares.

—¿Catorce? ¡Dios mío!

—Sí, señorita. Nueve marrones y cinco azules. Envíelos a la

señorita Hazel Williebrandt. Prepárelos como un regalo. Los ofrezco a la Casa-Cuna de Fernwood.

La inquietud que Anabel había sentido al ver como el doctor Brown compraba, primeramente, una botella-biberón y luego unos calcetines, quedó desvanecida en aquel supremo instante.

—¡Casa-Cuna! ¡Pero eso es maravilloso! Así se explica todo.

El doctor Brown no sabía la causa de tanta satisfacción, y poniendo cara de circunstancias, se limitó a decir:

—¿De veras? Pues lo celebro infinitamente. Y ahora, señorita, tome nota: estos calcetines han de ser cargados a mi cuenta. Me llamo Madison Brown y soy médico. Vivo en 70, North Rexford Drive.

—¡Cuánto me alegro que sea usted doctor!... ¡Qué maravilla! Muchas gracias, y que sigamos encontrándonos como hasta ahora.

—No sería nada extraordinario, señorita, porque el mundo es un pañuelo.

—Si viene usted otra vez—exclamó Anabel con el deseo de encontrar de nuevo al doctor Brown—, ya sabe dónde estoy. Me llamo Anabel Sims. En mi sección tenemos cosas muy bonitas para los niños. ¡Y como a usted le gustan tanto!...

—Se equivoca usted, señorita Sims. A mí no me gustan los pequeños.

Y haciendo un saludo breve y cortés, se retiró. No hubo andado dos pasos cuando se vió empujado por un niño que corría, jugando alegremente con otro. El doctor Brown, lejos de enfadarse, sonrió con evidente condescendencia, y dando una cariñosa palmada en el rostro del pequeño, exclamó:

—¿Te has hecho daño, pequeño?

Anabel, que contemplaba la escena, comprendió que «el doctor Brown NO le gustaban los niños».

* * *

El doctor Madison Brown poseía una clínica especialmente destinada a los niños. Había escogido esta rama de la ciencia médica porque siempre había tenido una especial predilección hacia los pequeños, a pesar de las afirmaciones que formuló ante la señorita Sims.

Aquella tarde las visitas fueron muy numerosas. Cuando terminó la consulta, lanzó un suspiro de satisfacción y se dispuso a cambiarse de ropa para salir a la calle a tomar el fresco. Pero, por lo visto, quedaba todavía alguien en la antesala, porque la señorita Mary, una enfermera cincuentona, le llamó la atención:

—Pero ¿qué hace usted, doctor? Todavía le queda una cliente. Hace poco ha llamado rogándome que le reservara turno.

—¡Si es muy tarde ya! ¡Hoy he tenido un día cargadísimo!... ¡Qué venga a otra hora!

—Es lo que yo le he dicho, pero ha respondido que le era imposible. Y, por otra parte, dice que tiene una gran necesidad de verle.

El doctor Brown consultó su reloj. Eran más de las seis. Y a las siete tenía que ir a cenar con Carolina Davis. Así se lo hizo notar a su enfermera.

—Pues se retrasará usted—respondió la señorita Mary—. Vamos, vamos, no desatienda usted los asuntos de su clínica.

—Bueno, bueno, Mary, déjese de sermones, y que pase la señora que está esperando. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Por qué no me hice sereno o minero o cualquier otra cosa con horario fijo, y no médico de niños?

Pocos instantes después entraba en el despacho-consultorio del doctor Brown una muchacha decidida y bella: era Anabel Sims.

—Buenas tardes, doctor Brown.

—Buenas tardes, señora. ¿Viene usted sola?

—Sí, sí, naturalmente. Es necesario que hablemos usted y yo. Siento que sea tan tarde, doctor; pero es que no me fué posible venir antes, y la verdad, no quiero ver a otro.

—¿No quiere? ¿Por qué? ¿Quién la envió, señora?

—Pues nadie, doctor. Es usted el único médico que conozco.

—¿Que usted me conoce? —preguntó, sorprendido, el doctor Brown.

—¡Claro que sí! ¿No me recuerda? Los Winkle Woolies en los Almacenes Sandfords.

—Winkle Woolies, Almacenes Sandfords... ¡Ahora me doy cuenta! ¿Cómo había podido olvidarla, señora Sims? Siéntese, siéntese y procedamos al interrogatorio. Es preciso que sepa algo de la pequeña paciente. Vamos a ver: nombre de...

—Anabel—respondió rápida la señorita Sims—. Anabel Sims.

—¿Edad?

—Muy joven. Un poco más de veinte...

—Perfectamente, señora.

Y el doctor Brown escribió al lado del nombre de Anabel Sims: edad, veinte meses. Luego le preguntó los síntomas, convencido de que Anabel iba allí para hablarle de su pequeña hija.

—Pues verá usted, doctor. Yo creo que se trata de «insomnia», algo de carácter emocional.

—¿Emocional? Me parece poco probable. Pero dígame: ¿ha notado usted alguna manchita por algún sitio del cuerpo?

—No, no, nada de eso.

—En fin, ya veremos lo que es. ¿Y qué me dice de la digestión?

—La digestión, excelente. En estos momentos podríamos calificar su estómago de hambriento.

—¿Y llorar? ¿Llora mucho?—preguntó el doctor, inocentemente, pues no había caído todavía en la cuenta de que aquella señora fuese... una señorita.

—Sólo llora de vez en cuando.

—Lo mejor será, señora, que me traiga usted la pequeña Ana-

bel para que la examinemos con calma y detalle. ¿Cuándo la traerá, señora Sims?

—¡Señora Sims! Pero ¿de dónde ha sacado que yo soy señora? ¿Y cómo quiero que le traiga a la pequeña? ¿No le dije en los almacenes que soy señorita? ¿Qué clase de doctor es usted, que se olvida de las personas que conoce? Para usted todas las muchachas están casadas.

—Pero ¿y la nena?—inquirió el doctor Brown, que seguía despistado todavía.

—¿Qué nena? De modo que ahora, de repente, resulta que tengo una nena.

El doctor Brown rió de buena gana, lo que contribuyó a aumentar la indignación que verdaderamente sentía Anabel en aquellos momentos.

—No veo que eso tenga ninguna gracia.

—Me tomo, señorita Sims—replicó éste—, que ha cometido usted un error en venir aquí. Yo soy médico especialista de niños. Y si usted no tiene ninguno, me alegraré mucho que los tenga.

—¡Claro que sí! Pero tan pronto me haya casado.

Anabel se dispuso a marchar. Vivamente deploraba tener que hacerlo sin que el doctor Brown le hubiese dicho alguna galantería. No quería que la visita fuese totalmente infructuosa. Anabel estaba enamorada de Madison Brown y quería que éste se diera cuenta de ello. Por tal razón apuraría minutos y segundos.

—Bien—exclamó, un tanto desanimada—, supongo que debo marcharme. Imagino que los doctores están muy ocupados por la tarde y por la noche, yendo a las clínicas, visitando pacientes.

—Eso depende.

—¿Dice usted que «depende»? ¿Entonces, a veces, tienen algún rato libre?

—Claro que sí, señorita, Y a propósito de eso... ¡Mary, Mary!

La señorita Mary, su enfermera, llegó al instante. Cuando apareció en el umbral de la puerta, el doctor Brown exclamó:

—Mary, diga a la señorita Davis que no se vista para la cena. La recogeré directamente en la oficina.

Y luego, dirigiéndose a Anabel Sims, le dijo:

—Y respecto a esa «insomnia emocional», le recomiendo una imaginación menos romántica. Y un poco más de descanso, señorita Sims. Buenas noches.

* * *

A pesar de que su primera tentativa de acercarse al doctor Brown había resultado infructuosa, ello no fué obstáculo para que Anabel Sims se arredrara. Interesada por Madison desde un primer momento, se dispuso a hacer un verdadero fichero relativo a los gustos y a la vida que éste llevaba.

En el espacio de unos pocos días se enteró del lugar y fecha de su nacimiento; del nombre del colegio donde había cursado sus estudios; de las comidas y bebidas que prefería... Mientras, una mañana, se hallaba sumida a esta labor en «Winston House», la residencia de señoritas, donde ella habitaba en compañía de su amiga Julia, ésta apareció en su cuarto.

—¿Qué haces?—exclamó, sorprendida, al ver que Anabel iba catalogando fichas relativas al doctor Brown—. ¿Es que vas a escribir su biografía?

—No, hija, no. Esto pertenece al plan de que te hablé. Ya tengo todos los detalles. ¡Y ahora «el general» va a entrar en acción!...

—Anabel, debes ser más sensata. Pero ¿es que deliberadamente vas a hacer todo lo imaginable por atraparlo?

—Claro que sí. ¡Los hombres nos obligan a hacerlo! ¿No se declara él? Pues me declararé yo. Al fin y al cabo lo hago por su bien. Porque, ¿qué representa y cómo vive un hombre soltero? Cada noche está forzado a ir al restaurante. Calcula cómo ha de sentarle lo que allí le dan. Al doctor Brown le convienen comidas

caseras. Teniendo una casa podría saborear sopa de tortuga, asado con setas, que son sus platos favoritos.

—Y estas notas que tienes aquí, ¿qué representan?—inquirió Julia al observar unas cifras en una de las cartulinas que Anabel tenía sobre su mesa.

—Otros detalles relativos a su persona: libros favoritos, costumbres, amores que tuvo y por qué los dejó... Me ha costado diez días de trabajo en las horas de comer y dormir, pero logré averiguarlo todo. Incluso sé que en el coro que tenían formado en su colegio, él actuaba como segundo tenor.

—Está bien. Pero, ahora que sabes lo que come, dónde duerme y cuántas pestañas tiene en cada ojo, ¿para qué va a servirte todo eso?—preguntó, escéptica, su amiga Julia.

—De mucho, Julia. Por ejemplo: cada martes, por la noche, va a cenar completamente solo en el Restaurant de «Pierre»...

Sin terminar la frase, Anabel se precipitó al teléfono y marcó el número de «Chez Pierre».

—Oiga, Pierre—exclamó a los pocos instantes—. Aquí la secretaria particular de Mr. Roger Sandfors. Quisiera que prepararan una cena para dos... Sí, sí, esta noche a las ocho. La mesa de costumbre de Mr. Sandfors... ¿Champagne? Sí, sí, claro... Piper Heidsieck 1933... Ah, y no olvide la orquesta... música dulce y romántica... «Merci, merci, Pierre, au revoir...»

—Pero ¿qué estás haciendo, Anabel? ¿Has simulado ser la secretaria particular de nuestro gran patrono?—exclamó Julia, sobresaltada ante la audacia de su amiga.

—No te preocupes; todo saldrá bien. Y ahora déjame veinticinco dólares. Te los devolveré. Pero, ya sabes lo que cobran en Chez Pierre, máxime cuando pides champagne. Además, he de ir a la peluquería.

—Pero ¿no pagará la cena el doctor Brown?

—Eso imagino, pero a lo mejor me sale todo mal y tengo que pagarla yo.

—¿Y cómo irás vestida?—preguntó Julia, al ver que era inútil disuadir a su amiga Anabel—. ¡Con este vestido no puedes presentarte en un restaurant de tanta categoría!...

—¡Claro que no! ¿Qué te parece cómo me sentaría aquel vestido azul con estrellitas de plata? Me refiero al XB 247.

—Pero ¡si este vestido cuesta 289 dólares con cincuenta!

—Es que no pienso comprarlo. ¡Algunas veces tienes unas ideas! Voy a tomarlo prestado por unas horas.

Julia se desesperaba a medida que iba oyendo a Anabel. Esta pretendía sacar a hurtadillas el vestido azul que tenían en la sección de modas de los Almacenes Sandfords, y eso era grave y podía acarrear muy malas consecuencias.

—No lo hagas, mujer; ¡domina un poco tus impulsos! No pretendas ir en dos minutos de la pobreza a la opulencia. ¡Puedes buscarte unos veinte años de cárcel!

Pero las atinadas reflexiones de su amiga no fueron suficientes para convencer a Anabel. Elegante y vestida, con un traje azul con estrellitas plateadas, la audaz muchacha se presentaba, horas después, en el famoso restaurant de Monsieur Pierre.

Anabel recorrió el salón con una mirada. Allí, en un discreto rincón, se hallaba, solo, el doctor Madison Brown. La muchacha se sentó; vino el «maitre» a quien ella encargó su menú, y poco después se presentó, con el rostro sonriente, el violinista de la orquesta, que hizo desgranar, al oído de Anabel, las dulces notas de un romántico vals. Ella sonrió para agradecer la delicadeza del músico, y luego en voz muy suave y un tanto emocionada, le dijo, refiriéndose al doctor Brown:

—Allí... en aquella mesa, hay alguien que también está solo.

El violinista comprendió. Atravesó la sala, sin dejar de tocar la melodía, y unos segundos después la interpretaba al oído mismo del doctor Brown. La idea de Anabel fué del todo feliz. El médico se dio cuenta de su presencia y abandonó la mesa que ocupaba para dirigirse a la de Anabel.

—Buenas noches, señorita. ¿Se acuerda usted de mí? Soy el médico pediatra... de las señoras solteras—exclamó con ironía.

—¡Oh, doctor Brown! ¡Claro que me acuerdo! ¡Cómo iba a olvidarme de usted!

—¿Me permite que me sienta aquí, señorita Sims?—preguntó cortésmente el doctor Brown.

—Creo que no habrá ningún inconveniente, aunque espero compañía de un momento.

—En realidad, no me gustaría estorbar. Quizá sería necesario que me marchara... Podría comprometerla...

—Oh, no veo razón de que lo haga, si no lo desea.

Al doctor Brown se le ocurrió una idea:

—En cuanto llegue esta persona que usted espera, puede decirle que yo soy su médico; que trato su «insomnia emocional».

Anabel rió la ocurrencia del doctor Brown. Mientras el camarero servía la cena, el médico explicó a la muchacha que él solía acudir todos los martes a «Chez Pierre», para cenar, pensar y hacer dibujos en el mantel.

—¿De veras? Pues mi prometido y yo... es decir... no es todavía mi prometido... acostumbramos a cenar aquí todos los jueves, menos esta noche que he venido yo antes porque él tenía una conferencia muy importante con el Gobernador.

—Eso es muy interesante, pero debo darle una noticia—atajó el doctor Brown—. Hoy no es jueves, sino martes.

—¿Martes dice usted? Pues estaba convencida de que era jueves.

—Si yo pudiera, cambiaría el día con tal de complacerla a usted, pero me temo que haga lo que haga, seguirá siendo martes hasta las doce de la noche.

Anabel no se inmutó, pues era necesario conservar la serenidad para que su plan —que ya iba sobre ruedas— no se estropeará con alguna indiscreción.

—Lleve usted razón, doctor Brown. Lo que ha sucedido es lo siguiente: yo doy siempre mis clases de preparación doméstica y economía los miércoles, pero esta mañana las han cambiado al lunes, y eso es lo que me hizo creer que estábamos en jueves. ¿Comprende?

—Sí, con un poco de rodeo. Pero dígame: esta persona tan amiga del Gobernador debe tener mucha influencia, ¿verdad? ¿Se puede saber quién es?

—Pues verá, en realidad no sé si debería decirlo. Es tan co-

nocido y además lo nuestro es tan confidencial. Razones de familia, sabe... La de él.

—¡Bah! Siendo ya tan antiguos amigos como somos, debería usted decírmelo a mí.

—Se lo diría; pero... Bueno, primero le contaré cómo empezó. Yo creo que todas las chicas deberían casarse... Mi madre y mi padre querían que me casara con el «Viejo Joe» en Greenville; su nombre es Joe, y él no es viejo, pues sólo tiene veinticinco años, pero cada vez que se le llama por teléfono contesta: «Aquí el viejo Joe»... Eso sólo le describe. El muchacho no está mal, pero yo opino que una chica no puede casarse con un hombre del que ha sido novia durante quince años.

—¡Claro que no, señorita Sims! Y entonces usted vino a la ciudad y se encontró con este importante señor y...

—¡Oh!—atajó Anabel, temerosa de haberse introducido en un terreno peligroso—. Espero que no será usted lo bastante cruel para imaginar que sólo me siento atraída por su riqueza y posición social, o porque haya otras muchachas que pretendan quitármelo. Hubo una que a poco se echó por la ventana por causa de él.

El doctor Brown empezó a comprender lo que estaba tramando Anabel, y exclamó:

—Pues yo conozco a uno cuyas señas van correspondiendo a las que usted me da. Es muy conocido, pero no puedo revelar su nombre más que a una persona que me merezca confianza. Y como usted me la merece, le diré que se llama Roger Sandfors.

—¡Roger Sandfors!—exclamó, asustada de su propia aventura, la simpática Anabel.

—Todos los datos lo indican. Además, he oído decir varias veces a Pierre que esta mesa que usted ocupa es la de Roger Sandfors.

—En fin, ahora que ha adivinado usted nuestro secreto, debe prometerme no decir nada a nadie, especialmente a Roger. Es tan especial para estas cosas...

El doctor Brown no acertaba a comprender; en todo aquello veía un misterio indescifrable; una muchacha vendedora en los

establecimientos Sandfors, convertida, de repente, en una gran dama, y prometida nada menos que con su patrono. Desde luego, quedaba muy romántico, pero ¿y el interés que aquella joven mostraba hacia el doctor? Madison Brown era demasiado listo para no darse cuenta de que ella estaba interesada por él. Y no queriendo pasar por tonto, le fulminó la pregunta:

—Entonces, ¿si está usted tan interesada por este maravilloso Roger Sandfors, por qué me ha estado persiguiendo a mí durante las dos últimas semanas?

El rostro de Anabel expresó su desconcierto. ¿Cómo reaccionar para que el doctor no adivinara su confusión o no advirtiera claramente la maniobra? Anabel optó por decirle:

—¿Que yo he estado persiguiendo a usted, doctor Brown? He oído hablar de personas presumidas, pero ninguno llega a tanto como usted.

—No comprendo nada. Sé perfectamente que se ha interesado incluso por los detalles más insignificantes de mi persona y de mi vida. Así me lo han dicho, por lo menos, todas las personas a quienes he visto estos días: el peluquero, el camisero, la lavandera. Incluso mis últimas novias...

La explicación del doctor Brown duró lo suficiente para que Anabel pudiese buscar un pretexto que aliviara su incómoda situación.

—Veo que no tengo más remedio que decirle toda la verdad. Todo eso forma parte de un plan. Aunque yo me interesara por usted, no me interesaba por usted. En realidad, disimulaba, pues quien me interesa es él. ¿Me ha entendido?

No, francamente. El doctor Brown no acertaba a comprenderla, y así se lo dijo con la franqueza que le caracterizaba.

—Pues es muy sencillo—arguyó Anabel—. A Roger le gusto, pero me temo que sea sólo como una distracción más de su vida, y que no se casará conmigo hasta que no vea con sus propios ojos que otro puede hacerlo. A mí lo que en realidad me preocupa es llegar a ser una magnífica esposa y madre y tener una casa pequeñita, en algún sitio delicioso como Sycamore Lane...

Mientras Anabel se hallaba disertando, apareció en el restau-

rant la apuesta figura de Roger Sandfors con su terno impecable y su eterna sonrisa. El doctor Brown le vió cuando hablaba con Pierre, el dueño del establecimiento. ¿Sería verdad cuanto iba diciéndo miss Anabel Sims? Madison no pudo evitar de decir lo que pensaba en aquellos momentos:

—¡Pues es verdad!...

—Claro que lo es —comentó Anabel, ignorante de lo que ocurría.

—En realidad, no lo crea, señorita Sims. Pero ahora empiezo a creerla. Acaba de llegar el importante Roger Sandfors.

—Es natural que llegue... Pero... ¿qué dice? ¡Roger Sandfors!...

En aquel instante Anabel hubiese querido que la realidad se convirtiera en un sueño, al revés de lo que hasta entonces había deseado. ¿Cómo salir de aquella situación? A pesar de todo, se esforzó en mantenerse serena y continuó hablando:

—¡Ha debido espiarme! Siempre lo hace, movido por el sentimiento de los celos. Váyase, váyase, doctor Brown, antes de que Roger arme un escándalo.

—Calma, calma, señorita Sims. Usted necesita un rival. Aquí lo tiene en mí. ¿Por qué no me utiliza para sus planes?

El doctor Brown era un buen amigo de Roger Sandfors. Cuando éste le vió acudió a su encuentro, con la mano tendida,

—Hola, Brown.

—Hola, Sandfors.

Y dirigiendo una mirada, entre cariñosa e irónica, a Anabel, el doctor Brown repuso:

—Estaba haciendo compañía a tu amiguita por unos instantes, y si he de serle franco, te diré que lamento mucho que hayas llegado tan temprano.

Brown se dispuso a marcharse. Y lanzando un suspiro que parecía salido del alma exclamó:

—Veo que no me queda otro recurso que regresar a mi mesa y ahogar mi soledad en una buena botella de champagne Peper Heidsieck 1933.

Roger Sandfors no había llegado sólo al restaurant. Iba acompañando una señorita, que en aquellos momentos se encontraba en el salón de toilette. Interesado por Anabel y deseoso de deshacerse de su acompañante, Roger llamó al «maitre d'hôtel» para decirle:

—Cuando la señorita que me acompañaba salga del salón de toilette, dígame que he tenido una llamada urgente y que no podré quedarme a cenar con ella. Y luego busque usted un taxi.

—De acuerdo, Mr. Sandfors—respondió, siempre ceremonioso, el «maitre».

Anabel estaba verdaderamente desconcertada. ¿En qué situación la puso su maquiavélico plan! Temiendo lo que iba a pasar, no pudo menos que manifestar lo que verdaderamente sentía:

—¿Quién iba a pensar que se le ocurriría a usted venir esta noche, señor Sandfors?

—A usted misma, señorita.

—¿Yo? De ninguna manera. Y si usted está citado con alguna otra persona, lo mejor será que yo me retire.

—Eso no. Usted se queda donde está. La única cita que tengo ahora es con usted, señorita... señorita...

—¿Para qué ocultárselo, señor Sandfors? Yo me llamo Anabel Sims, y trabajo en sus almacenes, en la sección de confecciones para niños. Y he de decirle que jamás hubiera hecho eso de no encontrarme en el momento más crítico de toda mi vida.

—Vamos, vamos, serénese y cuéntemelo todo.

—Es que usted ignora lo que yo he hecho. He utilizado su nombre; he mentido a cuenta de usted e incluso he hecho creer al doctor Brown que usted era mi prometido.

—¿De veras? ¿Y qué tal me porto?

—Oh, desde luego como un caballero.

—Pues me alegró sinceramente.

—Lo celebró, pero no se alegrará cuando sepa que hasta el vestido que llevo puesto es de su casa. Lo he cogido prestado para esta noche. Es el modelo XB 247. ¿Verdad que no me meterá en la cárcel?

—Depende de muchas cosas...—insinuó maliciosamente Roger Sandfors.

Anabel no quiso entenderle y continuó justificándose:

—Yo presentí que al doctor Brown no se le ocurriría nunca hablarme de matrimonio hasta que viera surgir a otro hombre que me cortejara. Y naturalmente, la única persona que podía darle celos tenía que ser rico y guapo, y casi la persona más importante de la ciudad. Inmediatamente pensé en usted. ¿Lo comprende, señor Sandfors?

—Creo que sí. Examinemos el caso. Yo no soy presumido, pero sé que no pocas señoritas han pensado en mí. Ahora, que debo confesarle una cosa: ninguna de ellas se ha valido de una treta tan original como usted.

—No, no, señor Sandfors. No crea que yo pretendo cazarle. No es a usted a quien busco...

—Vamos, vamos, Anabel.

En aquel momento llegó el «maitre d'hôtel», dispuesto a tomar nota del menú que habría de servir en la mesa de Roger Sandfors. Pero éste no tenía ningún interés en permanecer en el local y optó por marcharse, acompañado de Anabel.

—Este—le dijo—es un lugar demasiado público para tratar de un asunto tan importante. Daremos un pequeño paseo en mi coche por el campo y llegaremos hasta mi hotelito, donde comeremos algo juntos y hablaremos de todo, sin miradas indiscretas.

—¿Hablar de qué, señor Sandfors?—preguntó, intrigada y temerosa, la muchacha.

—Pues del porqué una muchacha tan bella como tú no tiene una colocación mejor, por ejemplo, encargada de un departamento con su pequeño despacho privado y su secretaria. ¿Qué te parece, Anabel?

—Demasiado bonito para creerlo.

Salieron los dos del restaurant. Pero cuando Roger Sandfors se disponía a hacer subir a Anabel en su coche, ésta, que advirtió la intención de su acaudalado patrono, se resistió tenazmente. Roger la cogió del brazo, y ello decidió a la muchacha a darle un bofetón.

Así terminó para Anabel una velada repleta de incidencias que tan plácida había ella augurado cuando la planeó en la habitación de su casa, en compañía de su fiel amiga Julia.

* * *

Ocurrió lo que era de presumir. Anabel no sólo no obtuvo el puesto de jefe de departamento del que Roger Sandfors le había hablado, sino que perdió categoría, pues fué destinada a la sección de paquetes instalada en los sótanos de los grandes almacenes. A Julia le cupo la misma suerte, en cuanto Mr. Sandfors se enteró de que había sido, en cierto modo, la cómplice de Anabel.

En realidad, ninguna de las dos estaba descontenta, pues ambas temían que el castigo fuese más severo todavía.

Unos días después del incidente, cuando Anabel salía de los grandes almacenes para dirigirse a su residencia, se encontró casi frente a frente con el doctor Brown. Simultáneamente reconoció entre los transeúntes a Roger Sandfors. ¿Qué hacer? Anabel tuvo una gran idea: cogerse del brazo de Roger para dar celos al doctor.

—Pero ¿qué es eso?—exclamó Roger al ver de nuevo a Anabel—. ¿Qué quiere hacer ahora, señorita Sims?

—Luego le explicaré, señor Sandfors. Y ahora, sonría, por favor.

Era tan dulce y tan ingenua la expresión de Anabel, que su patrono no pudo hacer menos que complacerla mal fuese por

unos minutos. Pero apenas hubieron dado unos pasos, cogidos del brazo, Roger reaccionó vivamente:

—Basta, señorita Sims. Ya estoy cansado de sus tonterías, y si no tiene usted más cuidado...

En aquel momento el doctor Brown acababa de cruzar la calle en dirección a ellos:

—¡Chist!—exclamó Anabel, rogando a Roger un poco de silencio—. ¡Que se acerca el doctor Madison Brown! ¡Por favor, señor Sandfors, dígame usted algo y míreme con embeleso!...

—¡Bah!—murmuró Roger—. ¿Para qué tanta comedia? Nunca me había visto en un trance semejante.

—Ni yo tampoco. Y créame que siento todo lo ocurrido. Gracias a usted, no estoy en la cárcel. Cualquier otro me hubiese denunciado.

—Vaya, vaya—comentó Roger—. Por lo menos tiene usted el buen sentido de admitir y reconocer lo loca que ha sido.

—Quisiera pedirle un último favor. Pero acceda pronto a mis deseos. Bésame, bésame.

—¿Qué? ¿En medio de la calle?

Roger Sandfors no tuvo tiempo de salir de su asombro, pues en aquel mismo instante Anabel le estampó un beso sonoro. Las gentes que circulaban por la calle miraron sorprendidos a la pareja. Pero lo que más interesaba a Anabel es que la viese el doctor Brown.

Era tan infortunada la muchacha en todas sus cosas, que en aquel mismo momento acertó a pasar un fotógrafo ambulante, que aprovechó la ocasión para sacar una fotografía de la escena. Todo parecía concertado para fastidiarla, pues cuando el fotógrafo se disponía a marcharse de aquel lugar surgió Newsie, un conocido periodista de la ciudad, quien, dirigiéndose a aquél, exclamó:

—¡Eh, fotógrafo! Espere un momento. No venda esta foto por un par de dólares. Un amigo mío le pagará cincuenta por ella. ¿Acepta?

¡Cómo no iba a aceptar el fotógrafo ambulante! La proposición era ventajosa. ¿Para qué vender la foto por dos dólares si

podía proporcionarle mucho más? Y así quedó la cosa. Newsie se llevó la prueba.

Entretanto ocurrían estas incidencias, sin que ni Roger ni Anabel se hubiesen dado cuenta de ellas, el doctor Brown alcanzó la otra orilla de la calle. La muchacha dejó a su patrono para marcharse corriendo en busca de su enamorado, y sorteando hábilmente coches, bicicletas y autobuses, consiguió alcanzarle.

—¡Hola, doctor Brown! No esperaba volver a verle en veinte millones de años.

—¿Qué tal, señorita Sims: cómo va el amor estos días?

—Pues... no sé todavía...

—Al parecer, no lo hacía usted del todo mal —respondió Brown, que había sido testigo de la escena del beso.

—Oh, eso... eso es sólo porque él crea que yo pueda estar interesada por usted.

—Entonces, ¿la conspiración ha dado resultado? En este caso, me alegro de haberla sido útil.

—Sí, sí, lo fué usted. Y figúrese lo interesado que llegaría a estar Roger si nos viera algunas otras veces juntos a usted y a mí.

—Me gustaría complacerla —respondió Madison Brown—, pero actualmente tengo otra clase de trabajo. Ahora iba a cenar al Atlétich Club. Vengo los miércoles.

—¿No ha ido usted nunca a Casa de Bixdy? Está un poco más abajo. Es un lugar muy agradable. Y preparan esos famosos camarones en salsa que son una delicia para los buenos paladares...—insinuó Anabel, conocedora del gusto del doctor Brown.

—¿Camarones? A mí me gustan mucho.

—Pues solamente cobran setenta y cinco centavos. ¿No cree usted que es un precio razonable? Y el lugar ¡es tan bonito!

—Gracias por su interés. Alguna vez tendré que probarlo. Adiós, señorita Sims.

Aquella vez Anabel tampoco estuvo afortunada. Se iba viendo que para alcanzar lo que quería necesitaba recorrer un largo camino.

* * *

Al día siguiente, en uno de los principales rotativos de la ciudad apareció, en primera página, la fotografía que reproducía el beso que Anabel dió en plena calle a Roger Sandfors. Al pie de la foto, y en grandes caracteres, aparecía el siguiente texto: «EL AMOR LLEGA A TODAS PARTES». — El multimillonario Roger Sandfors y la empleada de su establecimiento, Anabel Sims, celebran la llegada de la primavera en una de las vías más concurridas de la ciudad. ¿Se oyen ya las campanas de la boda?»

Roger, a quien como todas las mañanas habían traído los periódicos a su despacho, estaba indignadísimo. Llamó en seguida a su abogado, Mr. McNutt, y mostrándole los titulares del gran rotativo, exclamó:

—Aun no me has explicado cómo esto ha salido en la Prensa, pero necesito que hagas lo necesario para que lo quiten. Y que no se hable más del enojoso asunto.

—No puedo saber cómo ha salido, señor Sandfors; pero le diré una cosa: difícilmente un periódico como ése abandonará un asunto de tal índole. Antes procurarán sacar un buen partido de la noticia.

En aquel momento, apareció la secretaria de Mr. Roger Sandfors para anunciar la llegada de Anabel Sims.

—¿Miss Anabel Sims?—exclamó Roger—. Que pase en seguida.

Y dirigiéndose a McNutt, añadió:

—Antes de que los periodistas saquen el jugo a la noticia, yo lo sacaré de la señorita que me está aguardando.

Apenas hubo dicho estas palabras, penetró Anabel Sims en su despacho. Estaba indignadísima y entró como un gallo de Morón.

—Señor Sandfors, necesito hablar con usted.

—El deseo es mutuo, señorita. Precisamente yo iba a llamarla para decirle...

Anabel atajó a Roger con unas palabras que parecían sinceras, pero que a él se le antojaron absolutamente falsas.

—¿Cómo se ha atrevido usted a publicar una fotografía como ésta en un periódico de tanta circulación?

—¿Qué dice usted, pequeña chantagista! Es usted la que ha organizado este lío fenomenal. Ni siquiera mi primera mujer se valió de tales artimañas.

E imitando la voz de Anabel, Roger exclamó, indignado y burlón:

—¿Quiere hacer el favor de besarme, señor Sandfors?

—Oígame usted, señor Sandfors. ¿Es que se ha creído que todas las muchachas de la ciudad están locas por usted, porque tiene unos almacenes importantes y un millón de dólares?

—Veinte millones—aclaró McNutt.

—No me importa un millón ni veinte ni cien. Yo quiero a otro. Ya se lo dije. Y no creo que yo le haya dado motivo para llevar las cosas tan adelante, al punto que todo puede ir a rodar.

—¿Todavía pretende que tengo un rival?—comentó Roger, rojo de indignación—. Señorita Sims: ya estoy harto de usted, y le doy exactamente cinco minutos de tiempo para que abandone esta casa. Y créame usted, que haciéndolo así sale bien librada.

—Oh, no se preocupe, señor Sandfors. Tampoco me gustaría seguir trabajando en los almacenes de su propiedad, aunque me subiera el sueldo de cuatro dólares a la semana, conque adiós...

McNutt, hombre de temperamento conciliador, al ver que lo de la foto no tenía ya remedio, quiso poner un poco de paz con objeto de evitar mayores males. Y cuando vio que Anabel se disponía a marchar de la estancia, le cerró el paso con estas palabras:

—No vaya usted tan deprisa, señorita Sims. Siéntese aquí un momento y escúcheme. Creo que con buena voluntad se pueden arreglar las cosas. Señor Sandfors: yo me he tomado mucho

trabajo para conseguir para usted el prestigio de una personalidad democrática, cuyas consideraciones son para sus empleados. ¿Qué se figura que dirían los periódicos si le vieran actuar como un hombre audaz que hace el amor a las empleadas y luego las despide? Seguro que no pararian hasta verle a usted en la ruina.

—Pero ¿qué quiere usted que yo haga, señor McNutt? ¿Que me case con ella?

—¿Cómo!—saltó, indignada, Anabel.

—Pues no estaría del todo mal—insinuó, sonriente, McNutt. —Después de todo es muy bonita: ojos azules, nariz bien parecida, figura linda y gentil...

—¿Por qué no me abre la boca y me mira la dentadura, señor McNutt? Basta ya y déjenme salir del despacho. Pero he de hacerles una advertencia: he cambiado de parecer y no me marcho del establecimiento. Si alguien tiene que marcharse de aquí, éste es usted, señor Sandfors.

Anabel dió media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Un segundo después ésta se cerró con una gran violencia, dejando perplejos a Roger y MacNutt, los cuales no pudieron evitar el comentario:

—Es valiente, muy valiente.

—Más de lo que era de suponer.

—Si sigue así... a lo mejor acaba por interesarme.

Desde entonces, la actualidad periodística giró, en muy buena parte, en torno a la supuesta boda de Anabel Sims con el multimillonario Roger Sandfors. Si la escena del restaurant había desatado los comentarios, la del beso en medio de la calle fué el desbordamiento de la fantasía. Roger Sandfors no podía ir a ninguna parte, sin que le hablaran de sus amores con la dependiente de sus almacenes. Los reporteros los presentaban como un auténtico romance.

Tampoco Anabel se libraba de los comentarios, ni del asedio de los periodistas. En más de una ocasión, cuando paseaba, sola o en compañía de su inseparable amiga Julia, surgía un fotógrafo y... otra foto.

—Acabarán por pedirte autógrafos—comentaba Julia, al darse cuenta de la popularidad que había conseguido Anabel.

—Esta gente me pone enferma. Acabaré loca si sigo por este camino.

Una mañana que iban las dos por la calle, las paró un joven bien vestido, quien rogó a Anabel que le escuchara unos minutos.

—Déjeme usted en paz—suplicó la muchaca—. Los periódicos ya me han hecho bastante daño.

—Yo no soy periodista, señorita. Sólo quisiera mostrarle una cosa magnífica. Mire.

Y uniendo el gesto a la palabra, mostró a Anabel un elegante y moderno coche que estaba parado junto a la acera.

—¿No le gustaría poseer un coche así, señorita Sims?

—Claro que sí, como también me gustaría ser la propietaria de las casas de esta calle.

—Pues basta con que diga usted una palabra y el coche será suyo.

—¿Qué tengo que hacer?—preguntó Anabel, intrigada.

El joven se explicó. Se trataba de un agente de la Compañía de Seguros de Vida «La Peerless», que iba detrás de Mr. Sandfors para conseguir que firmara una póliza de medio millón de dólares. Hasta entonces sus gestiones no dieron ningún resultado. Ante ello, el agente se proponía utilizar a Anabel, creyéndola prometida de Roger.

—¿Por qué no va usted a ver al señor Sandfors?—preguntó Anabel.

—Quisiéramos que lo hiciese usted. Y entonces, ese precioso coche...

—Pero ¿está usted loco? A mí no me interesa de ninguna manera.

—Pues hace una tontería, señorita Sims. Una chica tan lista y tan guapa como usted puede obtener todo cuanto desee.

Anabel volvió la espalda al agente, y acompañada de Julia se marchó del lugar, profiriendo frases de indignación por las proposiciones que aquél le había hecho.

—Es inútil que yo pretenda desvirtuarlo—se lamentaba lue-

go con su amiga—. Todo el mundo cree que hay algo entre el señor Sandfors y yo. Y la verdad, a mí eso no me gusta.

—¿Por qué te enfadas, Anabel? No comprendo tu negativa a aceptar el magnífico coche que te ofrecían. Tal como te dijo este agente de seguros, tú puedes obtener todo lo que desees.

—Todo lo que yo desee...—comentó amargamente— Julia, ¿tú sabes bien lo que hacen los niños testarudos? Nunca cejan en su empeño. Son derrotados algunas veces, pero persisten hasta que triunfan.

Anabel y Julia continuaron su camino hasta que la primera se paró ante una suntuosa torrecita.

—Ya estamos en «mi» casa—exclamó Anabel.

—Pero ¿qué dices? ¿Que esta casa es tuya? Te estás volviendo loca.

—No. La verdad es que no es de mi propiedad, pero los que han construido las torrecitas de esta barriada, me han pedido que venga a vivir aquí. Sólo me la dejan por un mes a prueba.

—Hay que reconocer que cuando te ofrecieron el automóvil, fuiste mucho más prudente.

—Te diré por qué. Pues porque en un automóvil, por suntuoso que sea, no se puede preparar una comida íntima.

¿Qué es lo que se proponía Anabel Sims? Sencillamente, utilizar aquella torrecita que le habían dejado por un mes, a título de prueba, para invitar a cenar al doctor Brown, en un romántico «tête-à-tête». Quizás en aquel ambiente y los dos solos, el tímido Madison se decidiría a declararse. Anabel colocaría flores en todos los rincones y en todas las mesas, pues sabía que a Madison le gustaban mucho; y le serviría los platos y los vinos de su preferencia. Así él se daría cuenta de las posibilidades de Anabel como perfecta ama de casa. Pero era preciso obrar con cautela, para no estropearlo todo, pues si en ocasiones anteriores no había sido afortunada, si en ésta fracasaba, la cosa ya no tendría remedio.

* * *

Mientras Anabel y Julia inspeccionaban la torrecita y proyectaban la distribución de muebles y flores para el día de la cena, el doctor Brown se hallaba en la peluquería. Mientras Luis le enjabonaba la barba, le iba diciendo:

—... Según he oído decir, a pesar del lío que se ha armado con el asunto Sandfors, Anabel Sims no es feliz.

—¿De veras?—comentó, maquinalmente, el doctor Brown.

—Sí. Me han dicho que cualquier otro más listo podría quitársela fácilmente al millonario.

El doctor Brown empezaba a mosquearse, pues donde quiera que iba le salían con la misma cantinela.

—¿Dónde te han dicho eso?—preguntó a Luis.

—Lo sé por mi cuñada, que tiene una perfumería. Allí se enteró de todo, pues ya sabe usted cuánto les gusta criticar a las mujeres.

Cuando el doctor abandonó la peluquería, se marchó a una tienda para efectuar varias compras. Mientras el empleado le devolvía el cambio de la moneda, comentó:

—Sí, he oído decir que a miss Anabel no le gusta Sandfors. Parece como si estuviese loca perdida por otro. A lo mejor a éste no le sería fácil quitársela.

El doctor estaba vivamente indignado, pues en todas partes le hablaban de lo mismo, como si supieran que él era uno de los protagonistas de aquella comedia.

—Puede que la señorita Anabel esté esperando a alguien—comentó—. La próxima vez que la vea, ¿por qué no le pregunta si es a usted?

Cogió la moneda que el empleado le tendía, y se dirigió malhumorado a la sala de gimnasio que solía frecuentar. Clint, su

entrenador, se encontraba allí. Hablaron del tiempo, de la situación y finalmente surgió el comentario inevitable:

—Apostaría cualquier cosa que la señorita Sims no desea casarse con el millonario. Estoy seguro de que quiere a otro hombre.

—¿De veras, Clint? ¿Alguien a quien nosotros conocemos?

—Ah, eso no lo sé—contestó Clint—; pero yo apostaría lo que fuese a que tengo razón. Y oiga, doctor, ¿cómo es que un hombre como usted sigue soltero? Tome usted mi ejemplo. Tengo cuatro hijos. Pero ¿qué digo yo! Si usted lo sabe perfectamente, pues es quien me los cuida. Lo que quiero decir es ¿por qué no se casa, doctor Brown?

—Mire usted, Clint: el mes pasado me obtuvo usted una máquina de afeltar a mi petición. No quisiera que este mes me obtuviese una novia, porque yo NO QUIERO CASARME.

Al salir del gimnasio, el doctor Brown marchóse, como tenía por costumbre, al establecimiento donde vió por vez primera a la obsesionante Anabel Sims. Esta se hallaba sentada ante el mostrador. Preocupado y con evidente malhumor, el doctor Brown se dirigió hacia allí, sin darse cuenta siquiera de la presencia de la muchacha. Fué ésta la que le llamó la atención:

—¡Caramba, doctor Brown! Jamás imaginé que pudiera encontrarle aquí. Ignoraba que frecuentase este establecimiento.

—Vengo de vez en cuando, señorita—respondió Brown, sin gran entusiasmo.

—¿Recuerda usted, doctor Brown? Aquí es donde nos vimos por primera vez.

—En efecto, tiene usted buena memoria, señorita Sims. A lo mejor deberían poner aquí una placa como recuerdo.

Anabel quería llevar al doctor Brown al terreno que le interesaba, y sin transición inició el tema que tanto la obsesionaba y que tan aburrido tenía a Madison.

—Bien, doctor; ha habido mucho ruido por estos barrios desde que le vi por última vez. Es posible que haya oído usted algo de eso.

—Sí, ha llegado a ser usted una celebridad.

—Realmente—continuó Anabel—, no sé por qué la gente hace tanto caso de estas cosas tan personales. Y la verdad es que no hay nada de cuanto se rumorea. Claro que Mr. Sandfors podría hacer mucho por mí, pero lo que quiero decirle es que no hay nada en firme.

—¿De veras?—preguntó, intrigado, el doctor Brown.

—Tal como usted lo oye, a pesar de que Mr. Sandfors me besó en medio de la calle, en presencia de todo el mundo. A decir verdad, a mí me dejó de una pieza. Naturalmente, este insólito hecho provocó infinidad de comentarios. Pero el matrimonio es una cosa muy seria, y una chica tarda mucho en decidirse. Incluso puede cambiar de idea si se encuentra con alguien a quien prefiera. ¿No opina usted igual, doctor Brown?

Anabel había conseguido su propósito de iniciar a Madison en una conversación, cuyas consecuencias adivinaba —o por lo menos apetecía— favorables para ella.

—Sí, señorita Sims—respondió Brown—. Y a propósito: mire qué coincidencia. Mi peluquero me hablaba de eso esta misma mañana; y luego el empleado de la «Medical Building» mientras yo estaba haciendo algunas compras; y momentos más tarde, mi masajista y entrenador, Clint Hester, en el Athletic Club. Créame, señorita Sims, usted lo hizo muy bien. No hubiera podido hacerlo mejor. Y ahora, permítame que pague yo.

El doctor Brown sacó unas monedas, las dejó en el mostrador y, haciendo un cortés saludo a la señorita Sims, se marchó del establecimiento.

* * *

Pocos días después, el doctor Madison Brown pronunció una conferencia en el Hotel Carlton sobre el interesante tema de «La responsabilidad de los padres en los hijos».



—Verdad que es precioso, Julia? ¿Se parecerá a su padre?



—Oh, perdón, señorita, usted primero—, exclamó el doctor.



—¿Emocional? Me parece poco probable—exclamó el doctor.



Mientras el doctor Brown adquiere tabaco para su pipa, Anabel volvió a aparecer.



—Respecto a este insomnio emocional, le recomiendo una imaginación menos romántica, señorita.



Anabel recorrió con una mirada todos los rincones del restaurante.



El doctor Brown se tras-
ladó a la mesa de Anabel.

— FOTOGRAFÍA DE J. A. MONTES (FOTOGRAFÍA)



Roger Sandora estaba
positivamente indignado.



—Vea que no me queda otro remedio que regresar a mi mesa—exclamó descorazonado el señor Sandfors.



—Si está usted enamorada de Roger Sandfors—inquirió el doctor—, por qué me viene usted persiguiendo?



Al doctor Brown la sopa de tortuga le pareció excelente.



Anabel, preocupada por la aventura, se lamentaba a Julia de su mala suerte.



Roger Sandfors hizo las paces con Anabel y la nombró encargada de su departamento.



—Los dos amigos estaban dispuestos a medir sus fuerzas por el amor de una misma mujer.



—Ay, Julia, esto va a terminar muy mal — exclamó Anabel.



Anabel, ahora sólo podría repetir: «Nunca en el campo de los conflictos humanos ha hecho tanto una muchacha para merecer tan poco».

El salón estaba animadísimo, compuesto especialmente de señoras, a las que tanto interesaba el tema, brillantemente desarrollado por un pediatra del prestigio del doctor Brown.

Cuando el conferenciante hubo terminado la disertación, en medio de los aplausos de las asistentes al acto, se levantó miss Willoughby para agradecer la colaboración del doctor Brown. Sonaron nuevos aplausos, y el pediatra se dirigió al público femenino para decir:

—Puesto que nos han sobrado algunos minutos, quizás haya alguna de ustedes que quiera dirigirme alguna pregunta. Si no es cosa demasiado complicada, procuraré resolverla.

Se hizo el silencio más profundo, a lo que el doctor Brown afirmó:

—¿Nadie pregunta nada? He debido ser más claro de lo que yo mismo pensaba.

Ante ello, la señora Willoughby, del comité organizador del acto, levantóse para darlo por terminado, cuando de pronto fué interrumpida por una voz. Era la de Anabel Sims.

—Me gustaría hacerle una pregunta, doctor Brown: ¿No cree usted que los niños más sanos y más hermosos son el resultado de los matrimonios más felices?

—Así lo creo. Y muchas gracias. ¿Nada más, señoras?

—Un momento, aun no he terminado—gritó Anabel—. ¿No considera el doctor que habría muchos más matrimonios felices, si los hombres no se encerraran en lo que ellos denominan «su preciosa libertad», cerrando los ojos ante todo lo demás? Y quién sabe si, abriéndolos de par en par, no encontrarían a la mujer que les quiere y a la que, sin saberlo, ellos quieren también. Y es posible que entonces de «alguien» surgiese una magnífica esposa y una buena madre.

Las asistentes al acto se interesaron por la controversia, tan vivamente iniciada por la señorita Sims, y acogieron con aplausos su intervención.

—Buena, señorita—interrumpió el doctor Brown—. No creo que eso tenga nada que ver con lo que aquí hemos tratado.

—¡Claro que tiene que ver! ¿Qué sería de los hogares y de

las familias si cada hombre encontrase sus excusas para vivir en una pensión o dedicado a comer conservas y pescado ahumado, en lugar de aceptar valientemente sus responsabilidades y crear su propia familia?

—Querida señorita—intervino nuevamente el doctor—, esto no es una agencia de matrimonios, sino una sala de conferencias.

—Pero ¿no hemos quedado en que habían de serle formuladas unas preguntas?

—Está bien, está bien. Tiene usted razón. Pero lo que usted pretende, «señoras», es hacer objeciones al antiguo privilegio del hombre de escoger su propia existencia. Según su criterio, lo único que podemos hacer nosotros es tendernos en el suelo con las manos atadas, y esperar a que alguna mujer pase por allí y nos recoja como un paquete, para casarse luego con él.

—No estaría del todo mal—comentó, entre las risas de las demás, una de las concurrentes a la conferencia.

Anabel seguía discutiendo con el doctor, desde su silla situada al fondo de la sala.

—¿Y quién ha impuesto esta absurda regla de que sea el hombre quien, al ver una muchacha que le guste, pueda invitarla a comer o a ir al cine, y en cambio la mujer no pueda hacerlo al hombre que le parezca bien? Nosotras no podremos nunca decir a los que pasan por la calle: «¡Qué ojos tan grandes y bonitos tienes!» O bien: «¿Quiere usted que salgamos juntos el jueves?» ¿Quién impuso esa ley? El hombre, ni más ni menos.

Todas las mujeres estallaron en una salva de aplausos, mientras el doctor Brown desde la tribuna se iba enfadando más. Estaba acorralado, pues incluso las señoras del comité organizador aplaudían a rabiar.

—Oiga, señorita, siempre han existido dos cosas que se llaman la dignidad y el decoro...—gritó el doctor Brown, fuera de sí.

—¡Ouff!—continuó diciendo Anabel, tranquilamente—. Si las mujeres hubiésemos esperado siempre a que los hombres se nos declararan voluntariamente, no habría habido tantos matrimonios y, por consiguiente, tantos niños, ni usted estaría aquí. Y si estuviera, no tendría trabajo.

Esta vez los aplausos se confundieron con las risas. La intervención de miss Anabel Sims había provocado una situación hilarante y al mismo tiempo incómoda para el doctor. Madison Brown estaba francamente violento:

—Todo esto podrá parecer muy divertido, señoras; pero yo les aseguro que ese absurdo punto de vista no está apoyado por los hechos.

—¿Pero usted lo dice con toda sinceridad, doctor Brown? —atajó la señorita Sims—. Pues yo ruego a todas las señoras que se encuentran en este salón y que hayan obligado deliberadamente a los que hoy son sus maridos a declarárseles, sin que ellos se dieran cuenta, a que se pongan de pie.

En aquel mismo instante, todas las mujeres que asistían a la conferencia se levantaron de sus asientos. Ello contribuyó a colmar la indignación del doctor Brown, quien no pudo evitar de exclamar airadamente:

—Esta es la mayor exhibición de tontería colectiva que jamás he tenido la desgracia de contemplar. ¡Y si alguna de ustedes, señoras, han de ser ejemplo de madres modernas, lo único que puedo decir es que Dios proteja a la futura generación.

—No se enfade tanto, doctor Brown—intervino, conciliadora, la presidenta del comité organizador, Mrs. Willoughby—. La mujer durante siglos se ha dado cuenta de la necesidad de emplear sus inocentes subterfugios y deliciosos encantos. Y jamás ha considerado buena la idea de que ustedes, los hombres, se dieran cuenta de ello.

—¿Conque sí, eh? Pues, buenas noches.

Y uniendo el gesto a la palabra, el doctor Brown se retiró del salón positivamente indignado, mientras las concurrentes al acto acudían a felicitar a la señorita Sims por su afortunada intervención.

* * *

Unos días después el doctor Brown observó que muchas de sus clientas dejaban de visitarle. Extrañado, preguntó a miss Mary, su enfermera, lo que pasaba, y ésta le confesó lo que hasta entonces había intentado disimularle: que la mayoría de ellas se daban de baja, como consecuencia del incidente del día de la conferencia, a pesar de que todas diesen otras excusas.

—¿Y qué significa eso, señorita Mary?—preguntó el doctor Brown, como si no comprendiese las razones que determinaron a sus clientas a obrar así.

—Yo no soy madre, doctor Brown; pero soy mujer, y me parece que no se puede gritar y regañar impunemente a un grupo de madres, y esperar luego que se muestren satisfechas.

—Eso es una solemne tontería. Claro que me enfadé, como hubiera hecho cualquier otro; pero ni chillé ni grité como usted dice.

—De todos modos, yo creo que un doctor no puede perder la paciencia, si no quiere perder los pacientes.

—¡Qué juego más bonito de palabras! ¡Tengo una enfermera ideal! Debe ser la influencia de la Winkie Woolie Sims ¡Hasta las madres que han venido a la consulta me han hablado de la alegría del bendito matrimonio!

—Bueno; es que esa cosa que llaman matrimonio—interrumpió Mary—hace muchos años que existe.

—No empecemos, Mary. Todo el mundo está a su lado, se comprende... Novelería, todo sale a color de rosa... Y en cambio yo soy un villano, sólo porque quiero conservar el derecho de escoger a mi propia esposa.

—Pues a mí me parece muy lista la señorita Sims—opinó la buena Mary.

—¡Claro que es lista!—replicó Madison Brown—. Figúrese que por causa de ella yo no estoy tranquilo en ningún sitio. Conoce todas mis costumbres. Si voy a comer me la encuentro. Se me planta delante y exclama: «¡Hola, doctor Brown! ¡Qué sorpresa encontrarle a usted! ¡Tome unos camarones en salsa!» ¡Oh, Dios mío! No puedo ir a comprarme una corbata o a que me afeiten la barba sin que el vendedor o el peluquero me hablen de amor y de matrimonio. El único sitio donde me hallo a salvo de las indiscreciones y de los comentarios es en el baño turco, y aun no estoy seguro si... En fin, dejemos eso.

—Podríamos cerrar la clínica y marcharnos de la ciudad—sugirió la enfermera al doctor Brown.

—Como todas sus observaciones, tampoco ésta es graciosa, señorita Mary. Pero ya está decidido; yo mismo voy a resolver esta cuestión. Busque usted el número de su teléfono.

—Aquí lo tiene. Me lo dió ella misma.

El doctor Brown quedó sorprendido. En efecto, la señorita Sims era una muchacha muy lista que no olvidaba ningún detalle. Madison no pudo evitar el comentario:

—Oiga, Mary: ¿cómo pudo Eva conquistar a Adán al no haber otra mujer que la ayudara en estos detalles tan delicados?

—Bien, doctor—replicó ella—: no le diré nada más. Y ahora sea un poco amable con la señorita Sims. Tenga usted en cuenta que es una muchacha muy sensible.

Pocos minutos después el doctor Brown se ponía a hablar con Anabel.

—Oiga, señorita Sims. Aquí el doctor Brown... ¿Que hacía mucho tiempo?... Bueno, bueno, oiga... Hay un asunto muy importante del que quiero hablarle y he pensado que podríamos cenar juntos esta noche... ¿Dónde usted quiera! ¿En casa de Pierre?... Sí... Bueno, pero no quisiera que tuviera usted mucho trabajo... Si así lo desea, mucho mejor... ¿Qué señas son?... De acuerdo, pues, no faltaré. Adiós.

Desde el otro extremo del hilo telefónico, Anabel Sims había invitado al doctor Brown a cenar aquella noche en su improvisada casa.

Cuando hubo terminado la conversación, la muchacha corrió a abrazar a su amiga Julia que se encontraba allí.

—¡Julia! ¡Julia! —gritó, alborozada—. Ya lo he conseguido, ¡Era él! Viene a cenar aquí esta noche.

—Pero aunque venga, yo me apuesto los veinticinco dólares que me debes, a que ya no volverás a verle.

—Tú no entiendes a los hombres, Julia. Yo sabía que empezaría a pensar seriamente en todo cuanto con motivo de la conferencia, le dije sobre la soltería, el amor y el matrimonio. ¿Lo ves? Ahora me ha dicho que tenía algo muy importante que comunicarme. A lo mejor quiere hablarme de Roger Sandfors. Pero... dejemos las suposiciones y los comentarios, pues se va haciendo tarde, y me expongo a que cuando llegue el doctor Brown no esté todo preparado. ¡Ay, Julia, qué nerviosa estoy! ¡No sé por dónde empetá! Ayúdame, por lo que más quieras.

Entretanto Anabel iba de un lado para otro de la habitación, como una loca. Cogía el aparato de radio y lo llevaba de derecha a izquierda, buscando un lugar adecuado para colocarlo y para que al doctor Brown le resultara más agradable la música. Luego arrasaba una butaca para cambiarla de sitio...

—¡Oh, cuánto trabajo debo hacer antes de las ocho! Tengo que comprar una infinidad de cosas—exclamaba—. Sopa de tortuga... y flores... y carne, y setas, y ensalada, y unos Martinis con una cebollita pequeña, pues no los bebe de otra manera. Mira, Julia, serviré la comida en una mesita junto a un buen fuego, porque no hay nada tan delicioso como una comida casera, íntima, para hacer que un hombre se decida a casarse.

—Vamos, vamos, ya será algo más lo que se necesita—comentó Julia irónicamente—. Hay muchas cosas que cuentan, como por ejemplo la suave elegancia de tu vestido y que, al servir la sopa de tortuga, con tus rizos acaricies discretamente sus mejillas.

—Pero, Julia...—murmuró Anabel, ruborizándose levemente.

—Naturalmente, que no te estoy dando ningún consejo. Pero, dejémonos de palabras y dispongámonos a dejar las cosas en orden. Lo que te digo es que si hoy no pica, bien tonto será.

* * *

A pesar del nerviosismo que experimentaba Anabel, en pocas horas consiguió poner su flamante residencia en orden y cumplir todos los objetivos que se había impuesto para recibir al doctor Brown con todos los honores.

Anabel se puso el mejor vestido que disponía, y salió obsequiosa a abrir la puerta a su enamorado Madison.

Éste quedó admirado del interior confortable de la casa y de la buena disposición en que se hallaban distribuidas las flores, aquellas flores que precisamente eran las que más le gustaban.

Haciendo honor a su categoría de ama de casa, Anabel obsequió al doctor Brown con un Martini, pues sabía que era la bebida preferida de su galán.

—¡Son Martinis! Magnífico, magnífico, señorita Sims.

—Y con una cebollita dentro—observó Anabel, complacida de haber «adivinado» el gusto del doctor.

—Son de la única manera que me gusta. Tiene usted un talento especial para adivinar lo que prefieren los demás.

—Es posible que tenga esta virtud... Pero... ¿por qué no se sienta usted un poco, aquí al lado de la chimenea? Realmente, en una noche como ésta quizás no lo necesitaríamos, pero yo creo que no hay nada tan íntimo, tan acogedor, tan agradable como un buen fuego de leña.

—Opino igual que usted, señorita Anabel. Todo esto me parece encantador. Ha debido usted tomarse muchísima molestia...

—¿Molestia? De ninguna manera, doctor Brown. En mi vida había sido tan feliz como en estos momentos!...

El doctor se sentía un poco aturdido ante las manifestaciones de Anabel. ¿Es que, en realidad, estaba enamorada de él y no se había dado cuenta de nada? ¿Es que lo de Roger Sandfors no

era otra cosa que una estratagema para darle celos, en vez de ser Brown quien los diera al multimillonario?

Y ¿a qué venía que una sencilla dependiente de los almacenes Sandford poseyera una residencia tan linda como aquélla? El doctor Brown era un hombre listo y, comprendiendo lo que había sucedido, lo soltó sin ningún reparo:

—Es curioso, señorita, que le hayan prestado a usted una casa como ésta. No sé lo que esperan ganar con ello.

Puesto que el doctor lo decía debía saberlo, por cuya razón Anabel prefirió ser sincera. Cualquier ficción hubiera sido, en este caso, contraproducente. Y a la observación formulada por Madison se limitó a responder tranquilamente:

—Pues ni yo tampoco. Pero en cuanto sale el nombre de una persona en la Prensa, aunque todo lo que expliquen de ellas no sea más que una sarta de fantasías, la gente empieza a perder la cabeza. ¡Incluso me han preguntado mis opiniones políticas! ¿Qué entiendo yo de estas cosas tan importantes? Bueno, doctor, ¿no sería preferible que en vez de comentar cosas absurdas de las gentes, nos dispusiéramos a saborear la cena?

—Por mi parte no hay ningún inconveniente, señorita Sims. Usted manda y me manda.

El doctor Brown se sentó ante ella. Frente a frente, a Anabel le sería posible comprender la significación de cada uno de sus gestos, de sus muecas, de sus movimientos, de las expresiones de sus ojos.

—¿Entremeses?—preguntó Anabel.

—Sí, señorita, son uno de mis platos favoritos. Muchas gracias... Y, volviendo a lo que declamos, citaré el caso de un albañil que se cayó en un pozo y permaneció allí tres días. Eso le proporcionó tanta publicidad que cuando le sacaron querían nombrarle alcalde.

Pero a Anabel le interesaba muy poco lo que había ocurrido al albañil. Lo que le importaba era que Madison Brown viese que procuró complacerle en todos sus gustos gastronómicos.

—Espero que le gustará lo que he preparado para la cena.

—Huele muy bien, señorita Sims—comentó el doctor.

—En realidad, yo no soy una buena cocinera. Pero verá lo que vamos a tomar: sopa clara de tortuga; carne en salsa con setas; espárragos holandeses con ensalada y dulce de piña y banana. Ah, se me olvidaba un cosa: y patatas a la lyonesa.

—¡Dios mío! —no pudo menos que exclamar el doctor—. ¿Pues qué hubiera sido si llega a ser usted una buena cocinera?

—Sí, mi madre me enseñó a cocinar.

—Me parece que su mamá la enseñó a usted a hacer otras cosas más, y de una de ellas quiero hablarle, Anabel.

Cuando la conversación se iba poniendo interesante, sonó, inoportuno, el teléfono. Era un recado para el doctor Brown. Se trataba de una llamada de la señora Willoughby, la presidenta de la comisión organizadora de la conferencia pronunciada por Madison. Quería preguntar a éste qué es lo que debía dar a su pequeña Mary Nell. Muy cortés, el doctor Brown le recomendó que le diese una cucharada de la medicina colorada, diluida en un poco de té, cada hora, y luego, alternada con la hora siguiente, otra cucharada de la medicina azul con un poco de naranja. En realidad, una y otra medicina no eran más que agua con azúcar. Y así se lo manifestó sonriente el doctor Brown a Anabel Sims.

—No tengo la costumbre de hacer estas cosas—exclamó, a guisa de justificación—; pero con la señora Willoughby no hay otro remedio. Teniéndola a ella ocupada en la medicina, tiene menos tiempo en molestar a la pequeña Mary Nell.

—A pesar de lo que usted pretende hacer creer, me parece que le gustan los niños... tanto como a mí, doctor Brown.

—Verá, señorita Sims. Ellos por lo menos tienen aún el porvenir por delante.

—Oiga, doctor Brown, ¿es verdad eso que leí no hace muchos días que lo que se hace de pequeño es lo que se desea hacer luego toda la vida?

—Completamente cierto, Anabel. Y me atrevería a apostar que cuando usted se hallaba en su cunita, trataba de poner su anillito de recién nacida en el tercer dedo de la mano izquierda del pobre e indefenso niño que estaba en la cuna de al lado.

—Oh—comentó un tanto molesta—, usted dice eso porque yo le conté mi plan para casarme con Roger Sandfors. He aquí lo que se gana siendo un solterón: no conocer nada acerca de las mujeres. Nosotras podemos cambiar de parecer tan pronto se nos presenta el hombre que nos gusta. A pesar de lo que usted ha visto y oído con referencia a mi amistad con Roger Sandfors, yo podría acabar casándome con el Viejo Joe.

Anabel volvía a llevar la conversación al terreno que le interesaba, lo que no constituía, en cambio, ninguna satisfacción ni ningún aliciente para el doctor, quien se limitó a decir:

—Anabel, el matrimonio es algo que no puede ser forzado. Hay que esperar a que se presente la oportunidad. Hay que pensarlo muy bien.

—Naturalmente. Bueno, si usted me lo permite, doctor, voy a dar una vuelta por la cocina. Entretanto, tenga esto y no se aburrirá.

Anabel tendió al doctor Brown unas cuantas revistas de medicina, especializadas en cuestiones infantiles. Verdaderamente, aquella muchacha había pensado en todo. Madison sonrió, pues empezaba a darse cuenta de que Anabel estaba enamorada de él.

No pasaron muchos minutos sin que Anabel regresara de la cocina al comedor. Apenas se hubo sentado, volvió a su tema preferido, con la consiguiente inquietud del doctor Brown.

—¿Cómo es posible, Madison, que no se haya usted casado todavía? Usted ha debido tener miles de proposiciones.

—Tanto como miles... Diga usted centenares y será un poco más justa. Estuve siempre demasiado ocupado, primeramente con mis estudios, y luego con el ejercicio de mi carrera. Además, mi trato con los niños me ha dado a comprender que son ellos los que sufren si el matrimonio no resulta feliz. Podría citarle a usted tantos casos... Hay que estar muy seguro antes de tomar una resolución en este sentido. Hay que pensar que se trata de una unión para toda la vida.

Anabel iba comprendiendo que al doctor Brown le interesaba poco esta conversación. Y no obstante, era preciso que le hablara francamente. Pero ¿cómo hacerlo? Ella recordaba lo que Madison

había dicho en el curso de su conferencia: la mujer debe tener su dignidad, su amor propio, pensar que son los hombres y no ellas los que deben manifestar sus sentimientos. Y prefirió orientar la conversación en otro sentido. A fin de cuentas, si conseguía hacer comprender al doctor que todos los preparativos que había hecho para complacerle, no eran otra cosa que testimonio de su admiración y su cariño hacia él, tenía una buena parte de su objetivo lograda.

—Por favor, doctor Brown; ¿quiere usted encender las luces?

El doctor obedeció cortésmente la indicación de la encantadora Anabel. Cuando las luces estuvieron encendidas, la muchacha se adelantó en el comentario:

—¿Verdad que todo eso queda encantador y romántico?

—Sí, parece una mesa de película.

Se dispusieron los dos a saborear un nuevo plato.

—Hum, ¡Con Jerez! ¡Resulta verdaderamente deliciosa!

—¿No cree usted, Madison, que la vida del hogar es insustituible? Yo no comprendo cómo a algunas personas les guste una existencia solitaria en un hotel o en un piso de soltero. No me lo explico, ¿y usted?

—Verá, yo voy a decirle lo que sinceramente opino. Francamente, no sé cómo empezar; pero quiero ser con usted tan claro como siempre soy. No me considero a mí mismo como un objeto de regalo. Y en eso radica sobre todo la dificultad... En fin, quiero que lo sepa definitivamente y de modo claro y categórico.

Anabel se dispuso a despegar los labios para cortar una conversación que ya temía. Pero el doctor Brown advirtió el gesto y atajó a la muchacha:

—Oh, por favor, sólo le pido unos segundos de atención. Escúcheme y, se lo ruego, no trate de desvirtuar mis palabras cambiándolas a su gusto. Yo no estoy enamorado ni tengo la menor intención de contraer matrimonio. Creo que es usted una persona demasiado fina para persistir en estas fútiles e infantiles maniobras. Con todo esto —y se lo digo con entera franqueza—

sólo conseguirá terminar confundida y dolida. Y no me gustaría que sucediera así.

—Pues no sé a quién se le ha ocurrido hablar de eso—respondió friamente la pobre Anabel.

—Llevaba usted razón en todo cuanto dijo al terminar mi conferencia. Yo supongo que soy el tipo egoísta, aferrado a su soltería y a su libertad. Creo, pues, Anabel, que lo mejor sería que pensara usted en regresar a su casa y quién sabe si en casarse con el bueno del Viejo Joe.

—¡Old Joe! ¡Vaya! Muchas gracias, Madison Brown. Pero no necesito que me busque usted ningún marido. Todo el mundo sabe en la ciudad que estoy comprometida con Roger Sandfors, quien siempre me está pidiendo que me case con él.

Visiblemente enojada por el cariz que iba tomando la conversación, Anabel, con la voz velada por la emoción, articuló unas palabras que verdaderamente sentía en su corazón:

—No sé siquiera por qué se me ha ocurrido invitarle a usted a cenar.

—En tal caso—contestó Madison—, creo que he sido yo quien ha cometido una tontería. Lo siento sinceramente.

—Claro que debe sentirlo. Estoy segura de lo que siente. ¡Cielo santo! No sé qué les pasará a los hombres de esta ciudad. Con sólo que mires a uno o le ofrezcas un plato de sopa de tortuga, ya cree que quieres casarte con él. ¡Objeto de regalo! ¡Pues, claro que no lo es! Y si quiere usted saber lo que pienso, se lo diré: creo que debería marcharse en este mismo momento.

Anabel estaba positivamente furiosa, por cuya razón el doctor Brown trató de calmarla, arrepentido, en cierto modo, de haber sido tan terriblemente sincero con ella.

—Vamos, vamos, Anabel—le dijo—. No hay razón para que se ponga así y para no terminar tranquilamente nuestra comida como buenos amigos.

—Pues no está mal.

—Yo debo decirle que la estimo mucho, Anabel, y que admiro su ingenuidad y su determinación.

—Bueno, doctor Brown, puede usted guardarse su ingenuidad

y su determinación y todas sus finas palabras. ¡Cosa de película! ¡Y yo que he gastado el sueldo adelantado de dos semanas para prepararle esta comida! Ahora tendré que comer zanahorias. Dios sabe durante cuánto tiempo, para que salga usted ahora acusándome de que quiero cazarlo como a un topo. ¡Desde luego, doctor Brown, es usted el peor de los topos con que me he tropezado.

—Lo siento infinitamente, señorita Sims.

El doctor Brown se levantó. Anabel hizo lo mismo, indignada hasta la saciedad, y dirigiéndose hacia el lugar donde él había dejado su sombrero, lo cogió bruscamente y se lo ofreció:

—Tome ese despanzurrado sombrero que usa y márchese cuanto antes de aquí.

—Señorita Sims, yo siento que...

—No valen las excusas ni los pretextos, doctor Brown. ¡Váyase! ¡Márchese inmediatamente porque no quiero verle más! ¡Lamento hasta haberle oído nombrar!

No había ninguna duda. Anabel le echaba. Pero no le echaba porque, verdaderamente le odiase, sino porque, por el contrario, le amaba cada vez más. El doctor Brown lo comprendió y no quiso ser más cruel con ella. Optó por marcharse, pensando que en aquellos momentos, era lo mejor que podía hacer.

—Buenas noches, Anabel.

Madison cruzó el umbral de la casa. Un segundo después estalló la puerta. Anabel la había cerrado con una gran violencia.

Volvió al comedor. Todo estaba tal como lo habían dejado: las luces encendidas, la comida en los platos, el fuego en la chimenea, las revistas médicas en la mesita... ¡Qué desengaño más cruel!

Llamarón al teléfono. Anabel se precipitó hacia él. ¿Sería Brown? No, no era posible. Apenas habría andado unos ciento cincuenta pasos.

—¿Quién es?—preguntó Anabel, esperanzada de oír la voz de Madison.

—¿Está el doctor Brown? ¡Soy la señora Willoughby!...

—No, no está aquí el doctor Brown. No sé dónde se halla

ni me importa. Le odio. Además, señora Willoughby, ¿por qué no deja ya de preocuparse de su pequeña? Sabe usted perfectamente que no tiene nada en absoluto. Si tuviese una pizca —una sola pizca— de sentido, se buscaría otro doctor. Eso es todo cuanto tengo que decirle, señora Willoughby. Buenas noches.

* * *

La noche que pasó Anabel fué terrible. Afortunadamente, a una llamada telefónica, Julia, su buena amiga, acudió en su auxilio, y esta compañía constituyó un fuerte sedante para la infeliz muchacha. De no haber sido ella, lo más probable es que Anabel, en el estado de ánimo en que se hallaba, hubiese cometido algún disparatado acto de desesperación.

Al día siguiente se fueron las dos a trabajar. La jornada le resultaba penosa. El trabajo le pesaba enormemente, pues en su cabeza no cabía otra cosa que la triste escena ocurrida en su efímera residencia la noche anterior.

Después de la comida de mediodía, mientras las empleadas de los almacenes Sandfors se hallaban en el terrado de la casa, hablando o jugando, Anabel estaba echada en una «chaise-longue». Julia, siempre solícita, le ponía paños calientes en la frente.

—¿Te sientes mejor, Anabel?

—Sí, Julia, muchas gracias. Creo que soy la muchacha más desgraciada del mundo. Lo peor que puede ocurrir a una persona es que le den una calabaza, como acaba de dárme la el doctor Brown. ¡Qué mal sientan! ¿Y qué he sacado yo de todo esto? Un corazón destrozado y un incalificable gesto de locura. Una comida íntima... Yo no sabía que los alimentos valiesen tanto. Y como final de la aventura, lo más fácil es que me quede sin empleo, porque esta mañana he pegado a Mr. Spitzar.

—¿Por qué lo has hecho? ¿A quién, más que a ti, podía ocurrirle una cosa semejante?

—No sé qué hubieras hecho tú y cualquier otra, de haberse encontrado en mi estado de ánimo. Spitzer me regañó sólo porque no atendía a las clientes. ¡Estaba yo para ocuparme de ellas! Y ¿no has visto la expresión de nuestras compañeras de trabajo? Tan cumplimentosas y delicadas cuando creían que yo me iba a casar con Roger Sandfors y...

—Todavía lo serían—arguyó Julia—si tú no hubieses hecho tanto ruido acerca de tu encantador, brillante y... hermoso doctor Brown.

—Sí, lo era cuando yo le amaba, pero ahora ya no me importa nada de él. Le estaría muy bien empleado si, de repente, yo me casara con alguien de gran categoría.

—Pues yo conozco uno que...—insinuó graciosamente Julia. Anabel ya supuso de quién se trataba, por lo que exclamó con vivacidad:

—¡Por Dios, no me hables de Roger Sandfors! Lo único que éste pretende es divertirse. ¡Bah! Ni pensarlo siquiera... Pero... a lo mejor Madison Brown tenía razón cuando me aconsejaba que volviera a mi casa y me casara con el «Viejo Joe». ¿Sabes que Joe me llamó hoy por teléfono y me dijo que quería venir a buscarme? Pues, mira, te digo con entera franqueza que no está mal la idea. Quizá sea ésta la única solución que me queda. Al fin y al cabo no es un muchacho despreciable.

Era preciso volver al trabajo. Y Julia se despidió de Anabel, aconsejándole que se quedara un rato más allí tomando el sol y descansando.

—Por mi parte—añadió Julia—, procuraré arreglar los desperfectos que tú has causado con tanto ímpetu en el ojo de mister Spitzer.

—Sí, Julia, márchate y a ver qué puedes hacer.

En aquel preciso momento se oyó la voz de una empleada que llamaba con insistencia a la señorita Sims y le rogaba que fuera en seguida al despacho de Mr. Roger Sandfors. Anabel tuvo un

sobresalto. ¿Qué quería ahora el gran patrón? ¿Recibiría la muchacha un nuevo contratiempo?

—Apostaría a que se enteró de lo de la casa—apuntó Anabel a su amiga Julia—. Ya me veo camino de la cárcel.

—Pues yo apostaría a que no, Anabel—comentó Julia, tratando de tranquilizarla—. Pero... ¡por Dios! No te presentes ante él con el peinado tan desordenado. Arréglate un poco el pelo.

Unos minutos después Anabel Sims se encontraba en presencia de Mr. Sandfors. Tan seguro estaba de que éste iba a reprenderla por su conducta, que la primera palabra que pronunció ante él fué la de disculpa:

—Señor Sandfors, siento muchísimo todo lo sucedido.

—Efectivamente, señorita, he oído decir algo acerca de un incidente entre usted y nuestro señor Spitzer...

—Ello se debe a mis nervios excesivos. Francamente, estaba tan preocupada por mis problemas personales... Verá, yo iba a excusarme ante un cliente, cuando se presentó el señor Spitzer para darme órdenes. Usted no puede imaginar, señor Sandfors, lo que representa para una persona que cree cumplir con su deber, que le digan que haga lo que precisamente se dispone a hacer.

—Es cierto, señorita; me hago perfecto cargo. Pero, siéntese, se lo ruego. Ya me cuidaré de resolver el enojoso incidente con Mr. Spitzer. Entre nosotros, he de decirle a usted que también yo a veces he sentido tentaciones irresistibles de darle con algo duro en la cabeza. Pero... no es de eso de lo que yo quería hablarle, señorita Sims.

El tono empleado por Mr. Sandfors era totalmente distinto del que Anabel conocía; ni era la cantinela irónica que empleara en el restaurant Pierre, ni aquella desagradable voz de indignación que puso cuando apareció en el periódico la fotografía del célebre beso. Anabel no sabía qué pensar. ¿Sería acaso que mister Sandfors iba a emplear una nueva táctica para conseguir quién sabe qué finalidad? Lo mejor era dejar que el director y propietario de los grandes almacenes se manifestara.

—Yo sólo quería charlar un rato con usted, Anabel. Tengo entendido que ha llorado usted mucho últimamente.

—Oh—comentó Anabel, creyendo que había sido su amiga la que se lo explicó todo—. Esa Julia no puede callarse jamás las cosas que pasan.

Roger Sandfors, haciendo caso omiso de la afirmación de la señorita Sims, continuó:

—Créame, señorita, está usted perdiendo el tiempo inútilmente. Por alguna razón que desconocemos, a Madison Brown le gustaría quedarse soltero.

—¡Pero no va a estarlo toda la vida! Además, a mí no me importa lo que le guste o no, pues no me interesa nada que le afecte.

—Eso es muy sensible, Anabel. En cambio, fíjese en mí. Yo me casé tres veces, lo que demuestra que el matrimonio me satisface, pero he tenido la desdicha de que mis esposas no opinaban igual. Por eso, si nosotros nos conociésemos un poco más, quién sabe lo que resultaría.

—Caramba, señor Sandfors...—exclamó Anabel, sorprendida del cariz inimaginable que iba tomando la conversación.

—No me diga señor Sandfors, es preferible que me llame Roger.

—Bien, le llamaré Roger, y le diré que, a pesar de los malos ratos que he pasado por culpa de los hombres, creo que no debo ser extraordinariamente arisca, sobre todo con usted, que siempre se ha portado bien conmigo. De todos modos, ya le dije cuáles eran mis sentimientos hacia usted, y por ahora no han sufrido ninguna modificación.

—Francamente, Anabel, mientras consideré que la rivalidad de Madison Brown era sólo un mito, no estaba interesado por usted, pero ahora que veo que va de veras, he de confesarle que lo estoy. Así es la naturaleza humana... al menos, la mía.

—Oh, Roger, no debe preocuparse por el doctor Brown. Se lo aseguro. Le diré más todavía: seré perfectamente feliz si no vuelvo a verle más.

Roger Sandfors consideró ganada la partida y se decidió a for-

mular una proposición, cuya puesta en práctica podía conducirle a la victoria final.

—De acuerdo, Anabel. Entonces, ¿por qué no cenamos una noche los dos y hablamos franca y íalmente de nuestros asuntos?

Anabel no llegaba a comprender por qué razón el señor Sandfors, que hasta entonces no había mostrado ningún interés hacia ella, súbitamente lo manifestaba de un modo que parecía sincero, y así se lo dijo con la franqueza que la caracterizaba y que había sido la causa de no pocas de sus desdichas.

—Admito que tenga usted un interés por mí, un interés que ha nacido en un abrir y cerrar de ojos y que, en su fuero interno, sabrá cómo y por qué ha nacido. Pero a lo mejor se arrepiente luego con la misma facilidad. No olvido que ha tenido usted tres esposas...

—Anabel—respondió Roger a tan atinada observación—. Es usted maravillosa. Ninguna de las mujeres que hasta ahora he conocido me habló jamás con tanta ingenuidad y tanta franqueza como usted.

—Es evidente, señor Sandfors—continuó Anabel—, que a todas las muchachas nos complace escuchar frases halagadoras, pero me parece que éste es un mal momento para mí. Creo que debería pasar un período de cuarentena. Luego estaría en mejores condiciones para tratar estos problemas tan delicados.

Roger insistió una vez más, pues consideraba que ello no era obstáculo para que cenaran juntos.

—Una cena —afirmó— no compromete a nada. Le ruego, pues, señorita Sims, que acepte mi invitación. ¿Qué le parece, esta noche?

—Pues, no sé...—arguyó tímidamente Anabel.

—A lo mejor descubre usted unas facetas desconocidas, interesantes en mi modo de ser y de proceder. Le aseguro que me gusta más el ambiente familiar y doméstico de lo que muchos imaginan. Creo que la mayor parte de los que me conocen tienen formado un mal concepto de mí. Sólo yo sé lo que pienso y quisiera manifestárselo francamente.

—Bueno, señor Sandfors—accedió finalmente Anabel—. Si

a usted le parece, podríamos cenar en mi casa, que en definitiva es la suya. En fin, en esta casa donde actualmente vivo y de la que probablemente me desalojarán de un momento a otro.

—Sea, señorita Sims. No diremos nada a nadie de nuestros proyectos hasta que la cena se haya celebrado.

—De acuerdo. Entonces... ¿le parece bien a las ocho?

Roger Sandfors mostró su conformidad, y los dos resolvieron que la cena tendría lugar aquella misma noche a las ocho en punto.

Anabel salió radiante del despacho del señor Sandfors. Nunca hubiera podido suponer que las cosas se deslizaran tan felizmente, pues cuando entró allí estaba completamente segura de que iban a dejarla sin empleo, después de recibir una *repulsa* que, de todos modos, creía merecer.

Julia, que había esperado con la inquietud propia de una buena amiga, el desenlace de la entrevista de Anabel con Sandfors, corría hacia ella al ver que salía del despacho de su principal.

—¿Cómo han ido las cosas, Anabel?—le preguntó, temerosa de recibir una contestación desagradable.

Pero al instante se tranquilizó al ver el rostro jovial y alegre de Anabel.

—Julia, creo que cuanto mayor eres menos sabes de los hombres. ¡Deberías haber oído las cosas que el señor Sandfors me ha dicho! Prácticamente se me ha declarado y te diré que esta noche vamos a cenar juntos en mi casa... bueno, en nuestra casa, pues en definitiva es suya. Figúrate que se ha enterado de mi golpe de audacia al meterme en ella y no ha hecho el menor comentario, lo que significa que no se considera ofendido.

—¡Caramba, Anabel! Esto es extraordinario. ¡Ya me veo trabajando a tus órdenes!

Y en tono amistoso e irónico, añadió, haciendo una profunda reverencia:

—Espero que me aumentará usted el sueldo, señora Sandfors...

—¡Claro que sí!—respondió jovialmente Anabel—. Y ahora

que rabie todo lo que pueda ese orgulloso doctor Madison Brown, especialista de la infancia.

En realidad, Anabel no podía pronunciar espiritualmente a su doctor. Era inútil que intentase disimularlo, pues cada vez que pronunciaba su nombre lo hacía con una emoción incontenible que se advertía a simple vista. Julia lo comprendía, pero consideraba que lo más conveniente para su amiga era que aceptara la proposición de Sandfors, puesto que con el doctor Brown no había absolutamente nada que hacer. Este quería permanecer soltero, y ninguna muchacha sería capaz de desviarle del camino que se impuso. Entonces, ¿para qué insistir en una ilusión que jamás podría realizarse? Resultaba mucho mejor decidirse por el millonario que, al fin y al cabo, era un muchacho apuesto y simpático.

—Lo que debes hacer, Anabel—le aconsejó Julia—, es olvidar por completo al doctor Brown. No es hombre que se deje convencer por ninguna muchacha. Es un soltero empedernido y egoísta que lo será por el resto de sus días. Por otra parte, Sandfors no es un mal partido—, qué va a serlo!— y tú puedes ser con él tan feliz como mereces. Tú estarías mucho mejor con un collar de esmeraldas que con un estetoscopio.

En el fondo, Julia no llegaba a convencerla. Los millones no hacen precisamente la felicidad. Y cuando Anabel parecía decidida a aceptar a Sandfors, inmediatamente rectificaba para seguir pensando en su apuesto doctor que se le iba escapando de las manos.

—Desde luego, el señor Sandfors no está mal, y lo más fácil es que verdaderamente sienta un interés por mí, pero ya sabes cómo es. ¿Te acuerdas de lo que hizo cuando me prometió hacerme encargada principal del departamento? Pues que me mandó a los sótanos.

—Oh, Anabel, tú sabes bien por qué fué. No siempre vas a tener un objeto contundente a tu alcance para pegar a alguien.

Mientras Julia iba hablando, a Anabel se le ocurrió una idea luminosa. Muchacha práctica y decidida, se dispuso a ponerla

inmediatamente en funciones, pues podía ser un utilísimo peón para el favorable desarrollo de sus planes.

—¡Julia! —exclamó—, ¿Tienes compromiso para este mediodía?

—No; ¿por qué me lo preguntas?—respondió Julia, extrañada.

—Pues anda y cámbiate, porque te invito. Quiero hablar contigo de un asunto muy especial.



Las dos amigas se fueron a almorzar al restaurant donde Anabel había conocido al doctor Brown. Pero no lo hicieron para encontrarse con él, sino precisamente para no coincidir, ya que aquel día el doctor Brown solía comer en otro establecimiento.

Durante la comida, Anabel propuso un plan de acción para cuya puesta en práctica necesitaba el precioso concurso de una amiga leal, y ésta no podía ser otra que Julia, conocedora de sus sentimientos y de sus extraordinarias peripecias.

Julia se mostró de acuerdo con lo que Anabel solicitó de ella, y en cuanto hubieron sorbido el café que les prepararon en el restaurant, la fiel amiga se marchó hacia...

Unos momentos después Julia se encontraba en el domicilio del doctor Brown, hablando tranquilamente con él.

—La culpa es enteramente de usted—le decía Julia—. Usted la ha arrojado en brazos de Roger Sandfors. Si éste se casara con ella, nadie más que usted sería el responsable.

—Oiga, señorita Julia, yo no creo que sea un desacierto un matrimonio entre Anabel y Roger Sandfors. Pero si esta unión se realizara, ¿qué responsabilidad puede incumbirme? Sus palabras me desconciertan, francamente...

—Sólo he de decirle que Anabel es una muchacha extraor-

dinariamente sensible; todo la conmueve. Basta con que le digan una cosa enternecedora para que se deje convencer.

—¿Y qué puedo hacer yo? Por una parte, me parece que ella es mayor de edad para determinar lo que le conviene; por otra, ya comprenderá usted, Julia, que no puedo convertirme en su perpetuo guardián.

—¿Quiere saber una cosa, doctor Brown?—preguntó Julia con aire de misterio.

—Diga, Julia, aunque...

—Pues se lo diré. Esta noche Roger Sandfors y Anabel Sims van a cenar juntos. Eso me tiene muy preocupada, pues usted ya conoce a su amigo. Claro que yo se lo he dicho: «Querida Anabel: Roger sólo quiere entretenerse, hacerte perder el tiempo». ¿Sabe lo que ella me contestó? «¿Y eso qué importa?» Pero ¿no se da usted cuenta, doctor Brown? Anabel actúa movida por un orgullo lastimado. Yo creo que ella se encuentra ante un grave peligro del que usted pueda salvarla.

—¿Yo?—exclamó, sobresaltado, el doctor, al darse cuenta de que Julia le ponía ante una responsabilidad extraordinaria—. Señorita Julia: yo le di el consejo que consideraba más atinado y más prudente, al decirle que se apartara de Sandfors, que se fuera a su casa y se casara con el viejo Joe, quien, al fin y al cabo, es un buen muchacho que la espera con gran ilusión.

—No está mal su consejo, doctor; pero tan posible es que Anabel lo siga como que deje de observarlo. Lo que me da más miedo es cuanto pueda ocurrir esta noche.

El doctor Madison Brown no era tonto, sino un buen psicólogo que conocía las reacciones de las personas y sabía adivinar la significación de cada palabra a través del tono con que se pronunciaba. Y dispuesto a demostrar que no se le engañaba fácilmente, planteó en términos contundentes la cuestión:

—Permítame que le pregunte una cosa, señorita Howard, con el ruego de que me conteste francamente, ¿le dijo Anabel que viniera a verme?

Julia sintió cómo el rubor subía a sus mejillas, pero trató de contenerse, pues de no hacerlo iba a comprometer gravemente

la situación. Y ella era una buena amiga que sólo quería facilitar el cumplimiento de los deseos de Anabel. En vez de indignarse, optó por hacer, a su vez, una pregunta irónica no exenta de fina diplomacia:

—Espero, doctor, que no sea usted tan sospechoso con los niños que visite...

—A mí me parece—continuó diciendo el doctor—que Anabel es excesivamente imaginativa, por no decir más.

—Bueno, doctor, puesto que es usted irrevocable en sus decisiones y que por esta vez no quiere salvar a Anabel de una situación difícil, considero innecesario insistir, dejándole a usted con los dictados de su conciencia.

—No sea usted cruel, Julia.

—Le confesaré que yo estuve siempre en contra de usted en este caso. Sandfors me parecía mejor para Anabel. Si he cambiado de opinión, ello es debido a que me asisten poderosas razones.

—Pero, señorita, yo no sé lo que puedo hacer por ella...—exclamó, titubeando y al borde mismo del convencimiento, el doctor Brown.

—No olvide lo que he dicho—repitió Julia, creyendo que poco a poco iba ganando la partida—. Ellos cenarán a las ocho. A las nueve... ¿quién sabe lo que habrá podido ocurrir!

—Lo siento, Julia; pero esta noche tengo que hacer.

—Bueno, piense usted en ello. Todavía le quedan unas horas por reflexionar. Buenas noches, doctor Brown.

—Igualmente, señorita Julia.

Y cuando ésta había atravesado la puerta del piso del doctor, éste asomó la cabeza para decirle:

—Señorita Howard, dígame usted a su amiga que espero que tendrá cabeza.



Roger Sandfors llegó puntualmente a casa de Anabel Sims. Una improvisada muchacha de servicio le abrió la puerta y le manifestó que la señorita había dejado una nota para él. Se la entregó, y Roger pudo leer lo siguiente: «Querido señor Sandfors: Olvidé algo. Vuelvo en seguida. Póngase cómodo. Encontrará bebidas en la mesa. Afectuosamente, Anabel».

Sandfors, acostumbrado a esperar la venia de las damas, se sentó y sirvióse unas bebidas dispuestas al efecto en la misma mesita donde días antes el doctor Brown había saboreado el Martini con una cebollita.

No habían pasado mucho minutos, cuando apareció en el umbral de la puerta la apuesta figura del doctor Brown. La sorpresa de Roger fué extraordinaria. ¡Quién iba a pensar que incluso allí aparecería el hombre que empezaba a ser seriamente su rival!

—¿Qué diablos vienes a hacer tú aquí?—inquirió Roger con acento de desagrado no exento de una cierta violencia.

—¿Dónde está ella?—preguntó Brown.

—Está donde a ti no te importa. Insisto en preguntarte qué es lo que vienes a buscar en esta casa.

—Pues da la casualidad de que yo he de hacer lo mismo con respecto a ti. ¿Qué haces?

—Sencillamente, esperando a que llegue Anabel, por la que he sido invitado a cenar. En fin, creo que eso no te importa. Son cosas entre ella y yo, en las que no debes inmiscuirte.

—¿Qué estás diciendo?—exclamó Brown, francamente indignado.

—Pues eso: que a ti no te importa lo que podamos determinar,

—¡Me importa, te digo! Ya conozco cuáles son tus costumbres cuando cenas con alguna mujer.

—Un caballero sabe siempre dónde estorba. No creo que sea necesario decírtelo más claro.

La alusión era directa y no daba lugar a dudas. Brown empezó a creer que, en efecto, estorbaba. Y en este caso, ¿para qué manifestarse tan fogoso si, en definitiva, Anabel no le interesaba lo más mínimo? Pero de eso a permitir que la muchacha permaneciera sola con Roger Sandfors, existía una distancia infranqueable.

—Mira, Sandfors—le dijo—, yo no tengo el menor interés por la señorita Sims, y poco me importa que vaya con otro; pero que éste seas tú no lo admito. No me mereces ninguna confianza, porque no sabes respetar a las mujeres.

—Vaya, vaya, el doctor Brown convertido en el árbitro de la moralidad—comentó irónicamente Roger.

—Tú me conoces bien para saber que no es así, pero te conozco. ¡Ah, si supiera tus intenciones con respecto a Anabel!

—¡Mis intenciones! Esto es asunto que sólo me compete a mí.

—¿Sabe ella que te has casado tres veces?

—Naturalmente que lo sabe. Entre Anabel y yo no existe ningún secreto. Por lo tanto, y si no te molesta...

—Es inútil que lances esta clase de alusiones, pues no pienso moverme de aquí hasta que ella venga.

—Perfectamente, sé que eres obstinado. Por lo tanto, acepto que permanezcas conmigo. Aprovecharemos el tiempo tomando algunas copas juntos. Aquí tenemos unos Martinis con una cebollita.

—Lo sé, lo sé, pues yo he estado aquí antes.

—¿Ah, sí?—inquirió Roger—. Pues fíjate en todo eso porque ya no volverás a verlo. Y personalmente, Brown, opino que estás más interesado por Anabel de lo que tú mismo supones; pero no te hagas ilusiones, porque quiero hacerla muy pronto la señora de Sandfors.

—Esto es una idiotez. ¿En qué se iba ella a entretener? ¿En barajar tus otras tres licencias matrimoniales?

Sandfors consideró como una grosería la manifestación que acababa de formular su amigo, y verdaderamente enfurecido exclamó:

—Esto no lo admito, y como no me gusta oír estas cosas, te ordeno que te marches inmediatamente, pues de lo contrario me verá obligado a echarte a la viva fuerza.

—Como médico, rehúso la violencia; pero dado que te creo lo bastante insensato para insistir...

En aquellos momentos llamaron a la puerta. ¿Era Anabel? Los dos se dispusieron a abrir, pero Roger Sandfors se adelantó:

—Querida — exclamó, pensando que se encontraría ante la muchacha.

Pero no se trataba de ella, sino de un joven alto, rubio y fuerte, con aspecto de campesino.

—¿Qué dice usted? — murmuró el recién llegado—. Me temo que ha cometido un lamentable error. Y presumo ante su impetuosa acción que mi Anabel no está aquí!

Brown, que se hallaba un poco más alejado de la puerta, al ver al que acababa de entrar, le reconoció aun sin haberlo conocido anteriormente:

—¡Joe! ¡Old Joe! ¡No podía ser otro! ¡Me alegro mucho de verle aquí!...

—Ya sé quién es usted — respondió el rucho muchacho—. Es el doctor Madison Brown. Le hubiera conocido en cualquier sitio. Y usted, señor — dijo, dirigiéndose a Sandfors —, es el que tiene tanto dinero. Sus señas coinciden con las que me dió Anabel.

—Oiga, joven — intervino Roger —, ¿querrá decirme quién es usted y por qué razón todo el mundo se mete en mi cena de esta noche?

Joe pareció quedar muy sorprendido, y afirmó su extrañeza de que Anabel no les hubiese anunciado su llegada.

—Esa pequeña Anabel... Siempre la misma. Pero... ¿es que iban ustedes a celebrar alguna fiesta?

—Era ésa por lo menos mi intención — murmuró Roger.

—Yo creo que no ha podido usted llegar más a tiempo, Joe. Estoy seguro de que es la Providencia quien le envía a esta casa.

—No sé si es la Providencia o no, pero me inclino más a creer que haya sido la misma Anabel al telefonearme esta mañana y darme tan buenas noticias.

Tanto Roger Sandfors como el doctor Brown quedaron positivamente sorprendidos ante las manifestaciones del «viejo» Joe.

—¿Qué noticias?—preguntaron al unisono.

—¿Entonces ella no se las ha comunicado? Es realmente agradable que me reciban tan amistosamente, cuando el objeto de mi visita es el de quitarles a Anabel. ¡Qué gracia! ¡El insignificante Joe derrotando a dos hombres tan importantes!...

El doctor Brown vió en seguida lo que había sucedido: Anabel optó, sin duda, por seguir los consejos que él le diera por mediación de Julia.

—Lo celebro, Joe—exclamó—, y reciba mi enhorabuena.

—Pero ¿querrán decirme de una vez quién es este joven?—gritó Roger.

—Soy el «viejo» Joe, de Greenville.

—¿Y qué?—preguntó Roger, encogiéndose de hombros.

—Pues que Anabel ha estado riéndose de ti, Roger—exclamó Brown—, puesto que no te ha anunciado la visita, para esta noche, de su «viejo» Joe.

Este, orgulloso de su afirmación, cortó la disputa que se iba a iniciar nuevamente entre Brown y Roger, para decir:

—Nos casaremos el domingo. Yo hubiera deseado que ustedes dos hubieran visto la mirada de sus padres y de los míos cuando se enteraron de la fausta noticia.

El doctor Brown comprendió lo que verdaderamente había pasado; y decidió batirse en retirada y aconsejar a Roger a que hiciera lo propio.

—Bueno, Roger, me parece que los dos hemos quedado eliminados, y creo que ha vencido el mejor.

Pero Roger no se resignaba a aceptar la realidad, e insinuó todavía:

—Si Anabel viniese, quizá yo podría darme cuenta de lo que significan las palabras de este señor.

—Son muy sencillas—aclaró Joe—. Anabel y yo hemos sido siempre novios desde que éramos niños. Yo he pasado muchos años esperando. Creí que nunca llegaría el feliz momento. Pero cuando ella me telefoneó, he de serle sincero, por poco me estalla el corazón.

Apenas hubo pronunciado Joe esta palabra, llamaron a la puerta. Tanto él, como Roger Sandfors y el doctor Brown se precipitaron hacia allí para recibir a Anabel Sims. En efecto, esta vez era ella la que llegaba.

¿Hacia cuál de los tres se dirigirla? Ante la sorpresa del doctor Brown, y sobre todo la de Roger Sandfors, Anabel corrió hacia el «viejo» Joe:

—¡Joe! ¡Joe querido! ¿Cómo estás?

—Oh, nena, tú has hecho de mí el hombre más feliz de la tierra. Todo está preparado ya. Vamos a celebrar la boda más grandiosa que jamás se haya visto en el pequeño Old Greenville.

Y dirigiéndose a Roger y al doctor Brown, Joe añadió:

—Les estaba contando a estos señores cómo me hubiese gustado que hubieras visto la satisfacción de mis padres y los tuyos cuando se enteraron de la gran noticia.

Roger, visiblemente contrariado y hasta un poco ofendido, trató de retirarse de la casa. Anabel le atajó para darle una explicación que pudiese, si no satisfacerle, por lo menos atenuar el mal efecto que, forzosamente, habría de producirle el encontrarse ante un rival de consideración como era el «viejo» Joe, de Greenville.

—Roger, cuánto siento lo de la cena y todo lo demás. Ha sido usted tan bueno conmigo... Nunca me ha apartado de su lado, como han hecho otras personas que yo sé. Pero usted ha tenido ya tantas mujeres que estoy segura le será fácil encontrar otra que le quiera de verdad.

—Debo decirle—replicó Roger—que ésta ha sido una de las

más asombrosas cenas a las que he asistido. Pero de todos modos, le deseo muchísima suerte, señorita Sims.

—Gracias, Roger. Ya sabía que no lo tomaría usted mal.

—Bueno, la escena ha terminado—concluyó Roger. Y dirigiéndose a Joe, le felicitó con un acento que parecía sincero.

—Creo, en efecto—dijo después—, que ha vencido el mejor.

El doctor Brown estaba de pie, como aturdido ante la magnitud de la escena que acababa de vivir. Anabel se dio cuenta de él y le dijo:

—Vaya, doctor Brown, no puedo imaginar qué es lo que está usted haciendo aquí. Me pareció que ya nos lo habíamos dicho todo por teléfono y de viva voz.

—Sí, Anabel, tiene usted razón. Pero es que yo no quería que le sucediese nada malo. Ahora ya estoy tranquilo, porque Joe es un buen muchacho que se lleva la mejor chica del mundo.

—Gracias, doctor Brown—respondió Joe—. Vea que es usted tan buena persona como Anabel me ha contado.

—Adiós, Anabel—murmuró con una voz que parecía salida de lo más profundo de su alma.

—Adiós, doctor Brown—repitió Anabel con un acento no menos emotivo, que traducía lo que en aquellos momentos estaba pensando y sintiendo.

Cuando Anabel y Joe se disponían a ordenar sus cosas para marcharse seguidamente hacia la estación, el doctor Brown, que a pesar de haberse despedido no parecía dispuesto a hacerlo todavía, exclamó:

Anabel, Joe... Quisiera hablarles un momento. Luego ya me iré. Es sólo un instante. Joe: yo he venido aquí esta noche porque no deseaba que Anabel cometiera un grave error. Y no desearía tampoco que lo hiciera ahora.

Joe no acertaba a comprender el significado de las palabras pronunciadas por Madison Brown. Este prosiguió:

—Crep que fui yo quien le aconsejó que volviese con Joe, pero no estoy seguro de que ésta sea la mejor solución.

—Me parece, doctor, que soy yo quien debe preocuparse de eso—atajó Joe, un poco ofendido.

—Es que yo imagino que Anabel no se lo ha dicho a usted todo, Joe.

—Ah, ya sé a lo que se refiere el doctor—comentó Anabel—. Quiere decirte, Joe, que yo he andado durante muchas semanas detrás de él, y eso sólo porque es un muchacho arrebatador...

—La situación se complica—exclamó Joe—. Y tengo que decirte una cosa, Anabel: aquí hay algo que no acabo de comprender o que tal vez comprenda demasiado.

—¡Por Dios, Joe, no te precipites! Estuve enamorada del doctor, sí; pero ¿qué hay de malo en ello si ahora no lo estoy? Vámonos, Joe; nuestro tren sale dentro de veinte minutos.

Pero Joe no tenía ninguna prisa. Había esperado cerca de quince años y podía aguardar un cuarto de hora más. Dispuesto a aclarar las cosas, escuchó lo que iba diciendo el doctor Brown:

—Anabel—afirmó éste—, yo he llegado a la conclusión de que debe haber un soltero menos en el mundo. En fin, seamos claros de una vez: ¿Quiere usted casarse conmigo?

—Pues, no sé... Yo... Joe...—balbuceó Anabel.

—Lo que yo deseo, Anabel, es que tú seas feliz—manifestó Joe, dispuesto a facilitar la solución del conflicto.

—¿Y usted qué dice, Anabel?—preguntó el doctor con una expresión que reflejaba una gran ansiedad.

—Lo dejo en manos de Joe. El siempre sabe lo que más conviene. ¿Qué crees que debo hacer?

—Interiormente, Anabel, me doy cuenta de que siempre he comprendido que tú y yo nunca llegaríamos a ser marido y mujer. El doctor Brown es el hombre que te corresponde. Adiós, Anabel.

—Adiós, Joe.

—Y cuidela bien, doctor. Es muy buena y lo merece todo...

Joe se retiró con un aire verdaderamente compungido. Salió a la calle. Allí lo esperaba Julia Howard, la entrañable amiga de

Anabel. El aspecto de Joe cambió radicalmente. Respiró profundamente, lanzó una solemne cartajada y abrazó a Julia.

—¿Ha salido todo bien, Harry?

—Perfectamente, Julia. Es la mejor comedia que he representado en mi vida.

Aquel muchacho no era el «viejo Joe» de Greenville, sino Harry Proctor, un actor de la radio, al que Anabel había acudido en súplica de que representara el papel de enamorado.

—He estado pensando, Julia—continuó Harry—, que podría utilizar este personaje en mis programas. Ponerle una guitarra y llamarle «Viejo Joe» o algo por el estilo.

Julia y Joe se marcharon alegremente calle arriba. El actor de la radio había invitado a la gentil muchacha a cenar en Bixby, donde servían unos camarones estupendos, sólo por setenta y cinco céntimos.

Entretanto, en el interior de la casa de Anabel, ésta y el doctor Brown eran protagonistas de una escena sentimental.

—Cuando te vi por primera vez—decía ella—, supe que lo único que deseaba era casarme contigo. Y tú, ¿cuándo te diste cuenta?

—Creo que esta misma noche, cuando comprendí que al irte con el «viejo Joe» no volvería a verte más.

—Oh, Madison, hay algo del viejo Joe que quería decirte. Es tan atento, tan bueno... tan fino. ¿Qué será de él?

—Yo no me preocuparía mucho. Todo tiene solución. Cuando pasen los meses, irá olvidando la escena de hoy y pensará en otra muchacha... o en otro lugar donde poder representar el papel de Old Joe.

—¡Madison!...—exclamó Anabel, al darse cuenta de que el doctor Brown lo había descubierto todo.

—A pesar de conocer todas mis aficiones, no llegaste a saber que me gusta mucho oír las emisiones de radio. Y nadie que haya oído una sola vez a Harry Proctor puede olvidarse de su voz.

—¡Madison!

—¡Anabel! ¡Querida mía! Ahora sólo podría repetir la frase

de un gran hombre: «Nunca en el campo de los conflictos humanos, ha hecho una muchacha más para recibir tan poco».

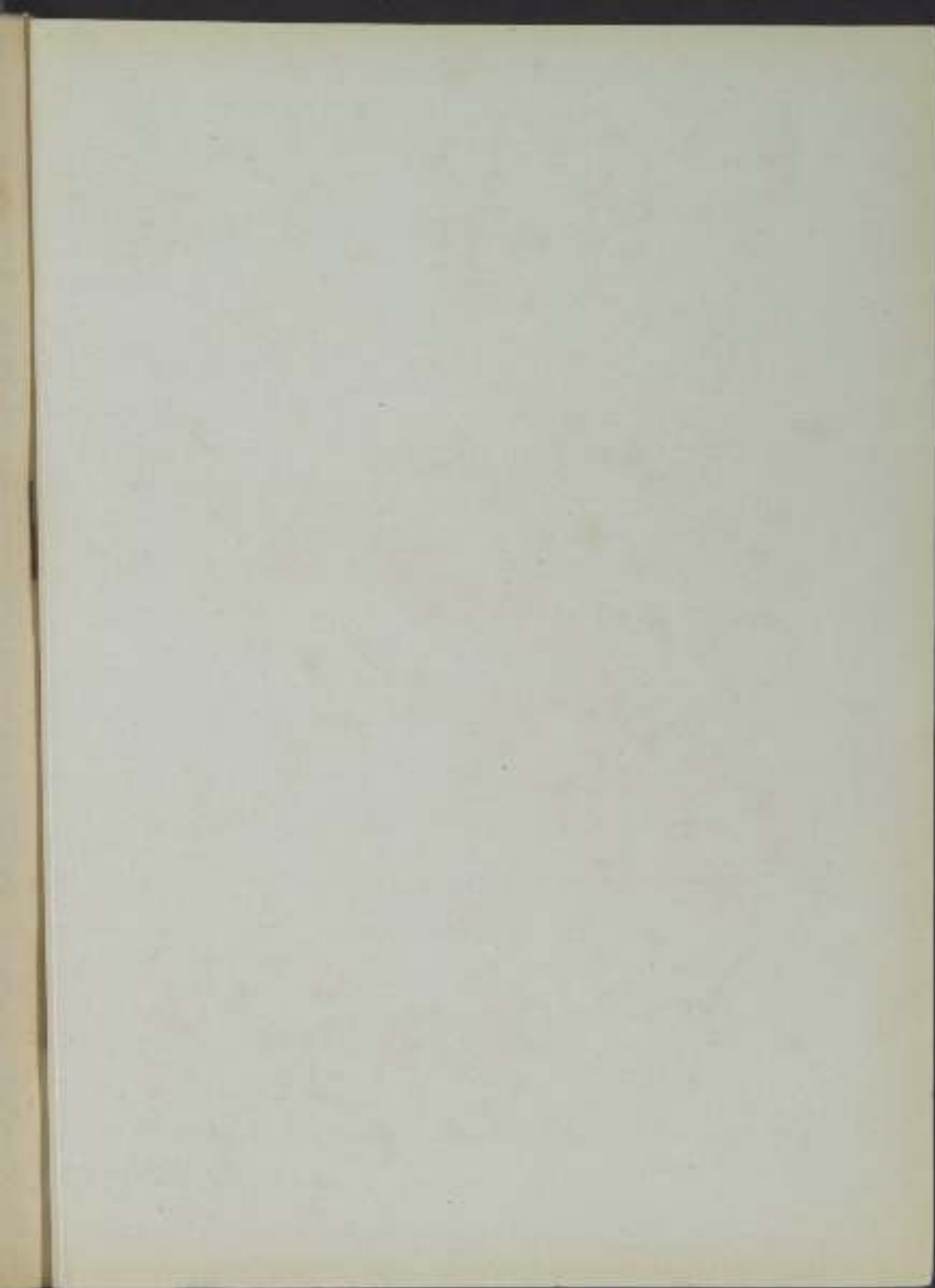
En aquel mismo instante llamaron a la puerta. Madison se dispuso a abrir. Ante él apareció un sacerdote.

—Buenas tardes, señorita Sims...

Anabel no sabía cómo excusarse ante Madison Brown.

—Espero no haberme retrasado—continuó diciendo el sacerdote—. He venido para ultimar los detalles de la boda. Verán, si ustedes quieren, una ceremonia de primera...

FIN



CANCIONERO

de  **Editorial ALAS**

1 peseta

NEGRETE
IRMA VILA
LA RIOJANITA
MARIA ELVIRA
JUANITA REINA
NINO ALMADEN
HUGO DEL CARRIL
MANOLO SEVILLA
NINO DE ORIHUELA
CARMEN MORELL
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
MARGARITA SANCHEZ
RUISEÑORES DEL NORTE
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
IMPERIO DE TRIANA
MONIQUE THIBAUT
JOSE LUIS CAMPOY
ALFONSO GUERRA
PEPE MARCHENA
ALICIA MUÑOZ
LOLA FLORES
JOSE MARIA

RAFFLES
ANCEL SANZ
PEPE BLANCO
JUANITO PEÑA
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
LA GITANA BLANCA
MANOLO CARACOL
NIRA DE LA PUEBLA
JUANITO VALDERRAMA
CORALILLO DE GRANADA
LOS MEJORES CANTARES
(VIVA EL FOLKLORE)
ANTONITA MORENO
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
CARDOZO (Tango)
RAQUEL RODRIGO
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER
LOLA ALEGRIA
LOS PONCHOS
LUIS ARAQUE

2 pesetas

Cinco Vocalistas del jazz - Cinco Estilistas Calés - Cinco Estrellas Calés - Cinco estrellas del Hot - Trio Calaveras - Cuarteto Tropical - Irma Vila - Antonio Machin - Curro Lucena - Bronce y Seda - Arriba Va - Estrellas de la Radio - Negrete, Irma Vila y Trio Calaveras - Pepe Blanco - Mario Visconti - Ritmos cubanos - Grandes figuras del folklore - Carlos Gardel - Paquita Rico - Agustín Irusta - Antonio Amaya - Cancionero Internacional - Chavalillos de España - Boleros de moda - Melodías de hoy - Juanito Valderrama - Xavier Cugat - Ramón Evaristo - Bonet de San Pedro - Melodías de color - El Gran Israel - Juanita Reina.

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apertado 707 - Barcelona

Artés Gráficas. Esilio - Valencia, 234

4 pesetas